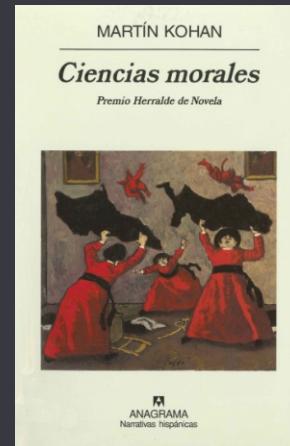




Visita al territorio de Martín Kohan



La Escalera
Lugar de lecturas

Juvenilia

Alguna vez este colegio, el Colegio Nacional, fue solamente de varones. En esos tiempos ya distantes, los tiempos del Colegio de Ciencias Morales, por no decir los más remotos del Real Colegio de San Carlos, las cosas debieron ser, por necesidad, más claras y más ordenadas. Es simple: faltaba ni más ni menos que la mitad de este mundo que ahora lo integra. Esa mitad hecha de jumpers, de vinchas, esa mitad hecha de cintas y de hebillas, esa mitad que requirió la instalación de baños aparte en el colegio y vestuarios aparte en el campo de deportes, antes, mucho antes, en los tiempos de Miguel Cané, en los tiempos del profesor Amadeo Jacques, sencillamente no existía. El colegio era todo una misma cosa, era todo de varones. Entonces con toda seguridad las actividades transcurrían de manera más sosegada, o por lo menos eso presume ahora, en el estado de distracción que la gana hacia el final del segundo recreo de la tarde, la preceptora de tercero décima, a quien todos conocen por María Teresa sin sospechar que en su casa, a la noche, le dicen Marita. Eso piensa, abstraída, aunque vigilante en la apariencia, María Teresa, la preceptora de tercero décima, cuando de los diez minutos que corresponden a este segundo recreo de la tarde ya van pasando más de ocho. Y lo piensa sin distinguir que, de regir todavía las normas de aquellas épocas de esplendor, ella misma no podría ocupar ahora el puesto que ocupa en el colegio, porque del mismo modo y por las mismas razones por las que no había alumnas en el establecimiento, ni había profesoras, tampoco había preceptoras. Ese mundo no estaba, como está éste, partido en dos; lo que había que hacer congeniar, llegado el caso, según se ve en ese clásico literario del colegio que se llama *Juvenilia* y que los alumnos actuales, por ignorancia o por mala fe, se obcecán en pronunciar «Juvenilla», era otra cosa: era la convivencia pacífica de los

alumnos porteños con los alumnos del interior del país. No faltaban alborotos por esa causa, y hasta reyertas con magulladuras varias, pero nada de eso podía compararse con lo que supone vigilar esta otra realidad de los varones y las mujeres existiendo en continua proximidad. Que los porteños se pelearan con los provincianos no dejaba de expresar, al fin de cuentas, una verdad profunda de la historia argentina, y en esto el colegio ya era lo que estaba destinado a ser: un selecto resumen de la nación entera. ¿O acaso Bartolomé Mitre, el fundador del colegio, no había derrotado al entrerriano Urquiza para siempre y para bien, en la batalla de Pavón? ¿O acaso antes el tirano federal Juan Manuel de Rosas no había mantenido el colegio cerrado, en el período de sombras con que afligió largamente a la Argentina? ¿No quiso, acaso, ingresar al colegio Domingo Sarmiento, el sanjuanino, sin lograrlo? ¿No lo consiguió, acaso, en cambio, el tucumano Juan Bautista Alberdi, resintiendo a Sarmiento por el resto de su vida? Que se pelearan entre sí los porteños con los provincianos era parte de la historia del colegio, porque era parte de la historia del país. Miguel Cané lo cuenta claramente cuando escribe *Juvenilia*. No importa que los alumnos actuales mencionen ese libro como lo hacen o como lo harían las personas ineducadas; lo han leído y saben bien lo que significa que el colegio tuviese que albergar por igual a los chicos de las provincias del norte argentino y a los chicos de la ciudad de Buenos Aires. Pacificar esa convivencia era una tarea perfectamente posible para un profesor como Amadeo Jacques, que era francés de nacimiento, o para un rector como Santiago de Estrada. Pero aquel colegio era un colegio solamente de varones. Sin compararse, tan sólo dejando fluir el pensamiento, María Teresa advierte qué tan distinta es su tarea como preceptora en las condiciones existentes en los tiempos que ahora corren. No se compara, no supone que ella pueda parangonarse con el prestigio de aquellos hombres ilustres del pasado; simplemente permite, en su difusa distracción de mirada perdida, que una idea se deslice y se asocie con otra idea, que a su vez se desliza y vuelve a asociarse, y en esa deriva se imagina cómo habrá sido el colegio en su versión más homogénea y armónica, la del otro siglo, la del otro tiempo.

El sonido del timbre, que los demás por lo común calculan, a ella esta vez la sobresalta: es el final del recreo. Ese timbre, que suena con firmeza

pero no con estridencia, dura exactamente cincuenta y cinco segundos, algo menos de un minuto. Es un dato que nadie ignora. Hay una razón muy concreta para que convenga saberlo, y para que la medición se ajuste a la precisión cronometrada de los cincuenta y cinco segundos en vez de conformarse con el cálculo somero del minuto completo, y es que en el momento exacto en el que el timbre calla, sin que el eco del timbre sea considerado parte del timbre, es obligatorio que los alumnos hayan formado fila, en perfecto silencio y en el orden progresivo de las respectivas estaturas, delante de la puerta del aula que corresponde a cada una de las divisiones.

Tercero décima forma delante de la penúltima puerta del claustro. No pocas veces se escucha una pisada, el roce de una suela en el piso, y a veces hasta una risa, una vez que el sonido del timbre cesó, y es una ocasión en la que deben intervenir los preceptores.

—Silencio, señores.

Entonces sí que nada se oye. Si lo que hubo a destiempo fue un paso tardío, es preciso verificar que tras el error los alumnos estén debidamente quietos. Si lo que hubo, en cambio, con mayor gravedad, fue una risa, una risa o un rumor de risa, hay que tratar de ubicar al jocoso, que con toda probabilidad seguirá tentado, para hacerlo salir de la fila y para proceder a sancionarlo. La cabeza gacha es la manera habitual de delatarse en estos casos.

Lo más frecuente, sin embargo, es que la consigna se cumpla sin contratiempos.

—Tomen distancia.

Una única voz suena para todo el claustro. Parece rebotar y repetirse, por efecto de la altura de los techos o el grosor de las paredes, pero todos saben que no ha habido repetición alguna, que las órdenes se dan una sola vez y con eso es suficiente. Tomar distancia es un aspecto fundamental en la formación de los alumnos del colegio. Aunque se pongan en fila, uno detrás del otro, y aunque respeten el orden progresivo que va de menor a mayor, hasta que toman distancia los alumnos lucen todavía en desorden, reunidos pero no formados, con cierto aire de dejadez que es indispensable despejar. Una vez que toman distancia, la doble hilera adquiere en cambio rectitud y

proporción, una justa simetría por lo demás muy adecuada. Para hacerlo hay que extender el brazo derecho, sin doblar el codo por supuesto, y apoyar la mano, y mejor que la mano el extremo de los dedos, en el hombro derecho del compañero de adelante. Como ese compañero es, por definición, más bajo que el que le sigue, cada brazo traza una línea perfectamente recta, pero también en suave declive. Así es como se hace, ahora y siempre. Las chicas forman adelante y los varones atrás. María Teresa presta mucha atención, aunque tratando de ser discreta, a ese eslabón tan conflictivo de la hilera, allí donde los dos varones primeros, que son los más petisos, suceden a las dos mujeres últimas, que son las más altas. Los varones de menor estatura son por lo general los que preservan cierto aire de infancia, imberbes todavía, o poco menos, en tanto que las chicas más altas son siempre las más desarrolladas. En el momento de tomar distancia, esos dos varones, que en tercero décima son Iturriaga y Capelán, deben apoyar la mano, y mejor que la mano la punta de los dedos, en el hombro de las chicas de adelante, que en tercero décima son Daciuk y Marré. Esos hombros les quedan decididamente lejos, demasiado altos, y casi tienen que estirarse para alcanzarlos. María Teresa, la preceptora, escruta ese contacto con toda minucia. No es la diferencia de estatura lo que le importa, desde luego, ni es que Iturriaga o Capelán puedan perder la mejor postura al estirar el brazo para tomar distancia. No es eso, ni tampoco el gesto claro que el brazo adopta al ir tenso hacia adelante y hacia arriba, sino otra cosa. Es otra cosa. María Teresa debe fijarse, escrupulosa, en lo que pasa con esa mano de varón en cada hombro de mujer, mientras dura la situación de la toma de distancia, una situación que no tiene, como lo tiene el timbre del final del recreo, un lapso de extensión fijo y predeterminado, sino que depende de la decisión personal del señor Biasutto, el jefe de preceptores.

—Firmes.

Sólo cuando se escucha al señor Biasutto dando la orden de ponerse firmes, los brazos bajan y el contacto cesa. Cada cual ocupa entonces su lugar, con la separación debida, y están dadas las condiciones para autorizar el ingreso al aula. Ocurre, sin embargo, que no pocas veces el señor Biasutto posterga su indicación, haciendo durar el momento de los brazos extendidos, tal vez para asegurarse del perfecto ordenamiento de todas las

filas en todas las divisiones, o tal vez para dar tiempo a los preceptores, de quienes es jefe, a detectar toda posible irregularidad entre los alumnos. Si algún signo de impaciencia se percibe en el claustro, aunque sea implícito, el señor Biasutto no vacila en alargar la situación.

—Yo no tengo apuro, señores.

La otra tarde, al cabo del primer recreo, María Teresa notó, o creyó notar, que la mano derecha de Capelán reposaba *excesivamente* en el hombro derecho de Marré. Tomaba distancia, sí, era su obligación y la acataba, pero quizás no solamente tomaba distancia. Una cosa era valerse de ese hombro como referencia para tomar distancia, y otra muy distinta era sujetar ese hombro, tocarlo, envolverlo en la mano, hacer que Marré sintiese el contacto de la mano sin levedad ni inocencia.

—¿Está cansado, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Le pesa el brazo, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Tal vez prefiera salir de formación, Capelán, y tomarse un descanso en el despacho del señor Prefecto?

—No, señorita preceptora.

—Entonces tome distancia como se debe.

—Sí, señorita preceptora.

Nada extraño se advierte en cambio en Iturriaga, cuando toma distancia detrás de Daciuk. Es Capelán el que requiere sin dudas la prevención atenta de María Teresa. Después de la reconvención de la otra tarde, que por milagro no suscitó la intervención del señor Biasutto, Capelán se ha puesto muy sutil; pero tal vez *demasiado* sutil, lo cual es también inconveniente. Ya no toca a Marré con la palma de la mano, sino con los dedos, que es lo preferible, y aun con la punta de los dedos, lo que es doblemente preferible. Y ni siquiera apoya esos dedos, esas yemas; tan sólo los acerca para tocar apenas, como lo haría si se tratara de una puerta y él tuviese que entornarla o que cerrarla sin hacer ningún ruido. Pero en ese acercamiento tan leve, tan retraído en apariencia, Capelán se dispone más a la caricia que al contacto, según distingue o cree distinguir María Teresa en su examen de la escena. Capelán ya no toca por demás el hombro de Marré, su compañera de

adelante, pero a cambio de esa incorrección parecería aventurarse con descaro en esta otra: la de rozarla. Rozarla apenas, como si quisiese provocarle cosquillas o inquietud.

—¿Qué le pasa, Capelán, anda con flojera?

—No, señorita preceptora.

—Entonces tome distancia como se debe.

La mano aligerada, la mano aérea de fingida inocencia que alarga Capelán con aire ausente, va hacia el hombro de Marré, hacia esa parte segura y consistente que sigue la curva del pulóver azul reglamentario. Pero como va imprecisa, en ademán vaporoso, obedeciendo con sospechoso celo la indicación de no apoyarse, esa mano vacila, más que tocar parece tantejar, o hasta palpar, como lo haría por caso un ciego, de tal modo que antes de llegar hasta el hombro de Marré bien podría, o por lo menos a María Teresa esa impresión le da, rozar el cuello de Marré, el pliegue celeste de la camisa reglamentaria de Marré, o peor que eso, el cuello, el cuello propiamente dicho, la piel del cuello de Marré, vale decir a ella misma.

—¿Se siente mal, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Le tiembla la mano, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Está seguro, Capelán?

—Sí, señorita preceptora.

—Mejor así.

Este que va pasando, en el lento progreso del otoño hacia el invierno, es el primer año de María Teresa como preceptora en el colegio. Entró en febrero, cuando todavía hacía calor, tres semanas antes de los exámenes de marzo y seis semanas antes del comienzo del ciclo lectivo. El señor Prefecto la entrevistó en primer término, y decidió su incorporación. Luego el señor Biasutto, jefe de preceptores, en una sola entrevista de no más de quince minutos de duración, le reveló, entre otras pericias, qué clase de actitud convenía adoptar para la mejor vigilancia de los alumnos del colegio. No era fácil obtener eso que el señor Biasutto denominó «el punto justo». El punto justo para la mejor vigilancia. Una mirada alerta, perfectamente atenta hasta el menor detalle, serviría sin dudas para que

ninguna incorrección, para que ninguna infracción se le escapara. Pero esa mirada tan alerta, por estar alerta precisamente, no podría sino manifestarse, y al tornarse evidente se volvería sin remedio una forma de aviso para los alumnos. El punto justo exigía una mirada a la que nada le pasase inadvertido, pero que pudiese pasar, ella misma, inadvertida. Los profesores lo sabían bien; por eso se ubicaban, al tomar una prueba escrita, contra la pared del fondo del aula: para ver sin ser vistos. El atisbo de reojo delata sin excepción al alumno que alberga alguna intención de copiarse. Los preceptores debían alcanzar esa misma destreza para obtener un sigilo igualmente implacable. No para «mirar sin ver», que es como la frase hecha define al distraído, sino al contrario, para ver sin mirar, para poder verlo todo sin que parezcan estar mirando nada.

María Teresa aplica ese predicamento, que en aquella primera jornada de trabajo le impartiera con detalle el señor Biasutto, al cabo de cada uno de los tres recreos de la tarde, en el momento de formar, en el momento de tomar distancia al formar. Lo emplea para controlar a ese chico de aspecto indolente que se llama Capelán. Todos sus compañeros, con excepción de Iturriaga, lo superan en estatura, y por esa razón le toca ser el primero de la fila. Justo adelante de él se ubica Marré. Puede tocarla: lo tiene permitido. Y aún más: está obligado a hacerlo. Tiene que tocarla con la mano en el hombro, y mejor que con la mano con la punta de los dedos, para tomar distancia. María Teresa finge adoptar entonces una mirada dispersa, no una mirada distraída, que resultaría inverosímil, pero sí una mirada general. Claro que en verdad se fija muy bien en lo que pasa entre Capelán y el hombro de Marré: entre la mano de Capelán, los dedos de Capelán, y el hombro de Marré. Finge mirar en general, pero en verdad aplica su vista a enfocar ese detalle. Usa anteojos y se los acomoda. Ve, o cree ver, que Capelán mueve un poco los dedos. Los dedos de la mano, en el hombro de Marré. Tal vez los ha movido un poco. Tal vez ha frotado con ellos el hombro de Marré. María Teresa aguza la mirada, aunque sin revelarla, para examinar en profundidad la expresión del rostro de Capelán. La encuentra tan anodina como la expresión del rostro de Iturriaga, que justo a su lado toma distancia sin que parezca advertir siquiera la existencia inmediata de Daciuk. Pero esa vaguedad, María Teresa bien lo sabe, no es probatoria. Los

alumnos cultivan con impudicia el arte del disimulo. Entonces ella da un paso más, un despacioso paso adelante. Ahora ya no se encuentra a la altura de Capelán, sino a la altura de Marré. El rostro que indaga en secreto ya no es el de Capelán, sino el de Marré. Y entonces aprecia, o cree apreciar, un lento cerrarse de los ojos de Marré: algo semejante a un parpadeo, pero hecho en cámara lenta. Ella interpreta, porque siente que es eso lo que tiene que interpretar, que hay un gesto de fastidio en esa manera de hacer caer los párpados. No está del todo segura, pero no tiene tiempo de detenerse a dirimir si de veras se trata de eso.

—¿Le pasa algo, Marré?

—No, señorita preceptora.

—¿Está segura? Me pareció que se sentía mal.

—No, señorita preceptora.

—¿Está segura?

—Sí, señorita preceptora.

—Está bien.

Justo entonces el señor Biasutto da la orden de ponerse firmes. Los alumnos bajan los brazos. Cada cual mira la nuca del compañero que tiene adelante. Una luz de día nublado flota siempre en los claustros del colegio; nada cambia que afuera brille el sol o no brille el sol. Las paredes están revestidas de azulejos verdes hasta cierta altura; de ahí en más, lo que sigue es el muro despojado. Suena la orden de entrar a las aulas.

Esa misma noche, una noche sin placidez, y sin que ningún recuerdo o pensamiento lo anticipara, María Teresa sueña con la cara, con el gesto de Marré. Ha retenido muy poco de lo que había en el sueño, y en realidad casi nada; solamente esa imagen, pero esa imagen con mucha certeza, de la cara de esa chica del colegio que se apellida Marré. Le dura cierta impresión de extrañeza incluso un rato después de haberse despertado, cuando ya tendió su cama, se lavó los dientes, colgó su ropa, besó el rosario, anudó su pelo, corrió una cortina. Después entra en una bata sin color y la cierra hacia el cuello, bien hasta arriba. Se acerca a la cocina, donde su madre la espera con el desayuno y con la radio encendida a un costado de la mesa. Pasan las noticias y ellas se dan los buenos días.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

La madre no se sienta con ella a la mesa. Posiblemente ya desayunó, o posiblemente no piensa desayunar. Se ocupa de hervir alguna cosa para el almuerzo; el olor que esa agua despidió es fuerte y dulce, ingrato para la hora. La madre controla el burbujeo del agua como si no bastara, para que exista el hervor, con el fuego y con el tiempo. Ellas dos no hablan, sólo suena la voz que da las noticias. Las noticias del día: que habrá cielo nublado en Buenos Aires, que se harán reformas en los lagos de Palermo, que mermó la concurrencia de espectadores en los cines, que nevó tempranamente en la provincia de Mendoza, que dos científicos holandeses establecieron que los animales sueñan, que la temperatura en la ciudad no pasará de trece grados.

—¿Qué es lo que da ese olor?

—¿En la olla, decís?

—Sí.

—Remolachas.

En la radio hay publicidad: una canción sobre relojes que, cada vez que parece terminar, empieza de nuevo. Después, sin pausa, un anuncio de aspirinas.

—¿No te gustan, acaso?

—No sé.

—¿Qué querés decir con «no sé»?

—Eso, que no sé.

—No les tomes idea, Marita, que siempre te gustaron.

Sobre la mesa, debajo del florero repleto con flores falsas, hay un sobre cerrado. María Teresa lo descubre y pregunta eso que en verdad supone, y que en el fondo ya sabe: si es carta de su hermano. La madre dice que sí. Y que esta vez no quiso abrirla para que no vuelva a pasarle lo que siempre le pasa: que apenas posa la vista en la letra manuscrita del hijo ausente, antes incluso de empezar a leer lo que la carta dice, se larga a llorar. Prefiere, mejor, que Marita la lea y que después le cuente.

María Teresa rompe, con dos dedos, la punta superior del sobre. Después lo abre metiendo en la hendidura el cuchillo que no había empleado con el queso o la manteca. La madre no mira. Lo que el sobre trae

no es en rigor una carta, sino una postal. Francisco tiene la costumbre de hacer estas bromas. En verdad no está lejos, apenas en Villa Martelli. Si ellas quisieran arrimarse hasta Pacífico y allí tomar, una de dos, el ciento sesenta y uno (cartel rojo) o mejor el sesenta y siete (cualquier cartel), tardarían menos de una hora en encontrarse en la puerta del regimiento. No lo hacen porque de nada les serviría, porque de todas maneras no accederían a ver o a saludar a Francisco. Pero lo tienen todavía bastante cerca, apenas en las afueras de la ciudad. A él le gusta pasar por gracioso, hacerse el feliz, mandando una postal como si estuviese bien lejos. Seguramente se la pidió o se la compró a algún compañero de alguna provincia, que las juntaría en cantidad para ir enviándolas poco a poco a su familia. Algún chico del sur, o quién sabe un formoseño. María Teresa saca la postal del sobre. Es una postal de Buenos Aires. En ella se ve una toma aérea del obelisco a pleno sol, el tránsito nutrido de la avenida más ancha del mundo, en el borde los edificios no muy altos y desparejos.

María Teresa da vuelta la postal y se encuentra, en el envés, con tres palabras solas anotadas por su hermano. Dice: «No logro compenetrarme».

María Teresa echa un segundo vistazo a la imagen del obelisco; un colectivo rojo, que antes no había advertido, le está pasando por un costado. Después guarda la postal en el sobre y pone el sobre otra vez debajo del florero de plástico. Las flores, que también son de plástico, se han doblado de una manera impropia, hasta perder por completo cualquier posible semejanza con las flores que son de verdad. María Teresa intenta devolverles aquella forma que alguna vez tuvieron, pero le resulta imposible: como si pudiesen tener, tal como tienen las personas, memoria o preferencia, esos hilos de plástico vuelven a torcerse hasta recuperar el aspecto lastimoso del principio.

La madre, mientras tanto, ha tapado de vuelta la olla sobre el fuego, ahora gira y se apoya en el borde de la mesada. En las manos sostiene, o aprieta, un repasador colmado de corazones rojos.

—Contame, Marita, qué dice tu hermano.

María Teresa devuelve el cuchillo al plato donde quedan las migas y la bolsita de té ya agotada.

—Francisco dice que está muy bien. Que nos extraña, pero que está muy bien.

La Manzana de las Luces

Habría sido mejor que se muriera, dice la madre, y se persigna porque bien sabe que lo que dice es sacrilegio. Mejor que se muriera, en vez de irse y que no se sepa adónde. Así habría por lo menos un papel, y en el papel una constancia, y con la constancia el pobre Francisco se podría haber evitado toda esta mortificación del frío por las hendijas y la comida insalubre servida en platos de aluminio. Por tres semanas, y acaso cuatro, que es lo que dura la instrucción, no tendrá francos ni salidas, y una sola vez, a las siete de la mañana de un día a determinar, cuando recién amanezca, le darán permiso para arrimarse durante quince minutos al portón de la avenida San Martín y saludar a la familia a la intemperie.

La madre llora por lo menos una vez al día. María Teresa a veces la siente, desde su habitación, y a veces, sin verlo ni oírlo, adivina el llanto. Es frecuente que llore con el noticiero de la radio, cuando dicen la temperatura y anuncian que se viene el frío, y en la radio hay noticiero cada media hora. Al principio ella dejaba lo que estuviese haciendo y se arrimaba a consolar a la madre, pero la madre es una de esas personas que no quieren encontrar consuelo y por lo tanto no se dejan consolar, y ella entonces empezó a inclinarse por dejarla llorar y que se desahogara lo más posible.

Como los alumnos del turno tarde entran al colegio a la una y diez en punto, los preceptores tienen que estar presentes a las doce y media. Varios de ellos trabajan en doble turno, pero María Teresa no. María Teresa trabaja solamente a la tarde y vive a una media hora de viaje del colegio, si es que el subte no viene con demoras; para llegar sin sofocos sale de su casa a las doce menos cuarto. No pocas veces la madre se queda llorando cuando ella se va.

En algunas ocasiones, por lo común cuando el señor Prefecto determina llevar a cabo una reunión con el señor Biasutto y su cuerpo de preceptores, el horario de entrada puede anticiparse en una hora o en dos. Desde que María Teresa es preceptora en el colegio, hubo dos de estas reuniones. La primera estuvo dedicada al problema de los alumnos que se encuentran en el establecimiento a contratar turno. Hay actividades curriculares, como por ejemplo la asistencia a los laboratorios de química o de física o la asistencia a las clases de natación en el subsuelo, y otras que no son curriculares, como la concurrencia a la biblioteca de la institución para consultar material de estudio, que los alumnos deben efectuar en el horario opuesto al que tienen de cursada. No por eso, sin embargo, subrayó el señor Prefecto con un gesto de los dedos y repitiendo más veces ese tic que tiene en las cejas, puede admitirse que anden merodeando por los claustros o subiendo y bajando las escaleras sin que se sepa por qué ni para qué. El cuerpo de preceptores tiene la facultad, pero más que la facultad la obligación, de interceptar al alumno que anda suelto por el colegio, requerirle su carnet, verificar allí la foto y el nombre y el turno al que pertenece el alumno en cuestión, y si un alumno del turno tarde se encuentra en el colegio durante el horario de la mañana, o un alumno del turno mañana se encuentra en el colegio durante el horario de la tarde, exigirle las explicaciones del caso. El señor Biasutto tomó la palabra, con la autorización asentida del señor Prefecto, para especificar que únicamente las explicaciones brindadas sin rodeos ni vacilaciones podían tenerse por insospechables. El señor Biasutto, que es jefe de preceptores, cuenta con gran prestigio en el colegio porque es sabido que, hace unos años, fue el responsable principal de la confección de listas, y se da por seguro que en algún momento, cuando la dinámica de la designación de autoridades lo permita, ocupará a su vez el cargo de Prefecto.

La segunda reunión que requirió una llegada más temprana al colegio tuvo por objeto aclarar al cuerpo de preceptores cuáles eran los alcances geográficos de su competencia. El reglamento del colegio rige no solamente en el interior del edificio, y por adición en las dependencias del campo de deportes que se encuentra en la zona portuaria, sino que se extiende hasta doscientos metros más allá de lo que es estrictamente la puerta de entrada a

la institución. Toda la cuadra que ocupa el colegio, vale decir su vereda y la vereda contigua de la iglesia de San Ignacio, pero también la cuadra siguiente en dirección a Plaza de Mayo, la que va desde la calle Alsina hasta la calle Hipólito Yrigoyen, y aun la cuadra del otro lado, la que va desde la calle Moreno hasta la avenida Belgrano, y por añadidura la manzana entera, que el colegio ocupa en gran parte y que es célebremente conocida como la manzana de las luces en la historia de la ciudad, están regidas por las pautas y las sanciones que se determinan en el reglamento del colegio. Es decir que también allí, en la esquina o a la vuelta o en la cuadra de enfrente, los preceptores del colegio deben ejercer sus funciones y controlar, por poner un caso, que los varones no lleven floja su corbata azul o desabrochado el primer botón de su camisa celeste, o por poner otro caso, que las chicas no lleven el pelo suelto y sin vincha o la camisa celeste sin ajustar con la doble cinta azul reglamentaria. Por lo demás, el comportamiento de un alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires debe ser inexorablemente ejemplar en cualquier circunstancia y en cualquier sitio donde se encuentre, y los preceptores tienen el deber de interferir toda conducta irregular que puedan detectar en un alumno del colegio, no importa en qué lugar se cometa la falta, y hacerla saber con prontitud a las autoridades, ya se trate del señor Prefecto o ya se trate del señor jefe de preceptores. Viene siempre muy a cuenta, para ilustrar esta cuestión, el caso de los alumnos de quinto quinta que fueron sancionados a fines del año anterior por haberse conducido con severa indiscreción en la calle Florida, la más nutrida de la ciudad, sin advertir que un preceptor del colegio, que pasaba por ahí por pura casualidad, tomaba debida nota de sus vociferaciones.

A María Teresa, flamante preceptora, todos estos requerimientos la inducen a revisar, si es que no a corregir, una cualidad muy suya que ha tenido desde siempre, desde que era una niña según sabe decir su madre y según sabía decir su padre, y que es la de quedarse abstraída, dejándose ganar por la más completa distracción. Ahora está aprendiendo en cambio a mantenerse bien atenta, y practica técnicas diversas, físicas o mentales, que le permitan suprimir su viejo hábito de dejarse llevar por las cosas que piensa o por las cosas que ve. Presta atención: lo más que puede y la mayor

cantidad de tiempo que puede. Lo hace sobre todo en el colegio, en los claustros durante los recreos y en el aula mientras pasan esos minutos que los profesores demoran en llegar a clase una vez que el recreo ha terminado, pero también lo hace en la calle, según lo impartiera el señor Prefecto en su oportunidad, también lo hace en la esquina o en los pasillos del subterráneo, también lo hace en torno del kiosco o delante del puesto de flores que hay en la vereda.

Así es como descubre, en esta salida preventiva que ensaya ahora, a la una menos cinco de la tarde, recorriendo con aire casual la vereda del colegio donde los alumnos se reúnen y esperan para entrar, una escena de esas que no pueden tolerarse: de pronto la ve a Dreiman apoyarse claramente en Baragli. Hasta entonces todo lucía tan normal, tan inocente y tan apacible, que ella bien podría haber recaído, contra su voluntad, en su defecto más inconveniente: ya estaba a punto de distraerse. Pero justo entonces ve, entre la corrección constante de los nudos de corbata y las cintas entrelazadas, lo que no habría debido pasar y lo que no habría debido ver: a Dreiman apoyarse claramente en Baragli. Se apoya sobre su torso como podría hacerlo contra una pared, o contra el poste de una parada de colectivo, o contra el caño de un farol de luz. Pero no es en la pared donde se apoya, no es en un poste, sino en Baragli, y lo que habría admitido una reprensión mesurada por desprolijidad o por varonería, provoca ahora en María Teresa el efecto de una nota desafinada chirriando en medio del concierto más irreprochable. María Teresa reacciona de inmediato, a pesar de que esta visión la daña, o en razón de que esta visión la daña, y se acerca apretando el paso hasta el sitio preciso donde se verifica la escena que desea interrumpir. No es su sutileza, sino su determinación, lo que debe emplear en este caso. No se trata de Capelán quizás rozando a Marré, en ese desafío de escrutación y sigilo que se le plantea cada tarde en cada formación; no se trata de eso, sino de Dreiman apoyándose *claramente* en Baragli, toda ella, con verdadero abandono, apoyándose sin duda alguna contra él. Entonces no hay nada que dirimir, no hay nada que establecer; tan sólo queda intervenir, y hacerlo de la manera más enérgica.

—Dreiman: párese como corresponde.

Dreiman reacciona convenientemente intimidada. Baja la vista al instante y, en una especie de reflejo automático que sin duda es motivado por el pudor, se alisa con ambas manos la falda tableada del jumper gris. No esperaba encontrarse con su preceptora aquí en la vereda, a cielo abierto y bajo las ramas de los árboles de la cuadra, y el efecto de sorpresa asegura el cometido del escarmiento inmediato. María Teresa puede adivinar incluso que Dreiman se ha puesto colorada y que está tratando de tragarse saliva. No alcanza, sin embargo, como quisiera, a afirmarse en la eficacia de su autoridad bien ejercida, porque, a diferencia de lo que sucede con Dreiman, Baragli parece extraer del episodio un motivo de regocijo o tal vez de fortalecimiento, pero no, en cualquier caso, como debiera, un motivo de mortificación. Le sostiene la mirada a su preceptora y hasta parece estar a punto de sonreír, aunque en definitiva no lo haga.

María Teresa decide desentenderse de Baragli y abocarse enteramente a Dreiman. Al fin de cuentas, es a ella a quien ha reprendido y es con ella con quien su intervención ha resultado tan oportuna como incontestable.

—Que no la vuelva a ver así, ¿entendido? ¿Entendido?

Dreiman asiente. Se las arregla de alguna manera para, sin interrumpir el retraimiento de la cabeza gacha, asentir. Pero Baragli, en cambio, al lado de ella, mantiene en alto su mirada de algún brillo, y decididamente contiene una sonrisa o bien finge estar conteniendo una sonrisa. María Teresa prefiere dar el incidente por concluido y se aleja sin ceder a los alumnos un solo atisbo de vacilación o de flaqueza. No obstante hay algo en lo que ha pasado que la deja preocupada o triste, y un poco más tarde, ya en la sala de preceptores, cuidando muy bien las palabras con que lo dice, encuentra la manera de comentarlo someramente con el señor Biasutto.

Aunque sin que sus manos se desprendan de unas planillas con membrete que lo tienen ocupado, el señor Biasutto escucha atento y se muestra comprensivo.

—Me gustaría mucho ¿sabe qué? Que después conversemos este tema con mayor tranquilidad.

María Teresa recibe complacida esta respuesta, pero no alcanza a definir si el señor Biasutto se refiere a que conversen el tema otro día, esta semana o la que viene, o a que conversen el tema este mismo día pero un rato más

tarde. En cualquier caso, no será posible dilucidar qué era lo que se proponía hacer el señor Biasutto, ni qué tanto se proponía diferir esa conversación, porque un poco después de que intercambian entre sí estas palabras, el transcurso de la jornada se sale de su ritmo rutinario y se altera para siempre. Parecía ser un día como cualquier otro: prometía serlo y en cierto modo lo era. Si hay algo que el colegio asegura, por encima de todo, es esta normalidad. Pero a veces las cosas se salen de su curso hasta tal punto que, tal como sucede con los ríos que desbordan el cauce, empiezan a desparramarse y consiguen invadir incluso los ámbitos mejor preservados. En el colegio nada impropio acontece nunca, y sin embargo hoy, un poco después del segundo recreo, se convoca a una reunión urgente de los preceptores de todos los cursos y todos los años. Quien la convoca no es el señor Biasutto, jefe de preceptores, y ni aun el señor Prefecto, al que María Teresa en un momento dado ve pasar hacia la planta baja ganado por un visible estado de alteración, sino la autoridad máxima del colegio: el señor Vicerrector, en ejercicio efectivo de la rectoría desde que se produjera el irremediable deceso del señor Rector.

Más de treinta preceptores son reunidos en el claustro central del colegio. Ninguno de ellos se atreve, para no parecer ansioso, a consultar el gran reloj de números romanos que preside el recinto, junto con la bandera argentina almidonada y lacia y el busto severo de Manuel Belgrano, creador de esa bandera y ex alumno del colegio. Tampoco se miran entre sí. Se ordenan en un semicírculo no demasiado abierto, sin necesariamente advertir que fue el señor Biasutto el que decidió esa disposición, la más adecuada por cierto para escuchar la alocución del señor Vicerrector sin forzarlo para eso a que levante la voz. El señor Prefecto aguarda a un costado y María Teresa trata de no mirarle la ceja o de no mirarlo a él. Por fin llega, sereno en apariencia, el señor Vicerrector. No va a levantar la voz, no precisa hacerlo, y por lo demás nunca lo hace. A María Teresa le hace pensar en los curas de la parroquia de su niñez en Villa del Parque: sabe transmitir esa misma calma profunda; a ella la hace sentirse cobijada. No es delgado, es cierto, y en esto se parece más a un obispo o a un cardenal; y es verdad que nunca jamás se sonríe. Pero tiene esta manera de pararse, la misma que adopta ahora, cruzando las dos manos por delante del cuerpo, y

el ritmo pausado de los sermones en la manera de hablar, y todo eso le transfiere un aire venerable que María Teresa apreció desde la primera vez que tuvo la oportunidad de verlo. Es distinta la autoridad que irradia el señor Prefecto: el señor Prefecto es quien consigue que ni una tiza caiga al suelo en el colegio sin que eso obre al instante en su conocimiento. Y es distinta la autoridad que irradia el señor Biasutto: el señor Biasutto es una especie de héroe entre las autoridades del colegio; él hizo listas y ese mérito, aunque rumoreado, a nadie se le escapa.

El señor Vicerrector luce en cambio un aire de paternidad, pero de una paternidad inefectiva, una paternidad simbólica, igual que la de los curas: la paternidad virtual de quienes carecen de hijos y no han conocido mujer. Con esa misma aura de sapiencia equilibrada, y casi sin ademanes, se expresa el señor Vicerrector.

—Señores preceptores: me he visto en la necesidad de apartarlos de sus obligaciones diarias, en mi carácter de Vicerrector del Colegio Nacional de Buenos Aires, y lamento haberlo hecho. Pero no he tenido alternativa. Allí afuera, quiero decir en la calle, se verifica algún desorden en estos momentos. Nada que deba preocuparnos y nada que nos obligue a interrumpir el normal dictado de las clases. Pero hasta tanto las autoridades logren restablecer el orden, lo que se hará a la mayor brevedad, es preciso adoptar algunas medidas de prevención aquí en el colegio. Debo decirles que hemos tenido que cerrar las puertas principales del edificio. Me refiero a las que dan a la calle Bolívar. Por lo tanto, después de cumplir con absoluta normalidad con los horarios y las actividades previstas para hoy, los alumnos dejarán el colegio por la salida de la calle Moreno que el señor Jefe de Preceptores les indicará oportunamente. Es necesario que ustedes den a los alumnos a su cargo la clara indicación de evitar completamente la zona de Plaza de Mayo. Ellos alegarán que en esa dirección se encuentran las bocas del subterráneo. No importa: todos deben evitar, sin excepción, acercarse a la zona de Plaza de Mayo. Saldrán por la puerta de la calle Moreno, como les he dicho, y deberán tomar de inmediato la dirección de la Avenida 9 de Julio. Digan a los alumnos que eviten correr por la calle, pero que tampoco detengan su marcha; que no se desvíen y que no se demoren, pero que tampoco corran. Una vez en la Avenida 9 de Julio, deberán tomar

cualquier colectivo que los saque de la zona, no importa si no es uno que los lleve hasta sus casas. Tengan presente, señores preceptores, que el adolescente es un ser humano curioso por naturaleza y rebelde por naturaleza. Adviertan a los alumnos que no pueden acercarse a la Plaza de Mayo de ninguna manera, pero tengan cuidado y no vayan a dejarlos intrigados por eso. Lo que tienen que transmitirles no es curiosidad, sino miedo. Háganles saber que es peligroso acercarse a la Plaza de Mayo en estos momentos. Con una salida tranquila pero rápida en el sentido contrario, evitaremos los problemas y no habrá ningún incidente que lamentar.

El señor Vicerrector hace una pausa. Bajo los muros del colegio, densos como su historia, el silencio es total.

—¿Alguien tiene alguna duda?

Nadie tiene ninguna duda. De todos modos, con un gesto que subraya la curva despejada del mentón sin brillo, el señor Vicerrector aguarda una posible consulta. Pero en verdad lo que espera no es que alguien pregunte, sino que nadie pregunte. Y nadie pregunta.

—Ninguna duda entonces. Perfecto. Cumplan con sus instrucciones y que tengan buenas tardes.

Tercero décima tiene latín en la última hora de clase del día. Los alumnos escandan: coro desganado de coordinación incierta, ensayan vacilantes los ritmos de versificación de esa lengua proverbial que hace tiempo ya no vive. El profesor Schulz contribuye con dos dedos que golpean la madera del borde de su escritorio marcando el *tempo* justo, pero ese auxilio no llega o no basta. Las líneas derechas indican las sílabas largas y las líneas curvas indican las sílabas breves, y si bien así establecidas las reglas de la lectura en alta voz parecen simples, no hay manera de que el canto monocorde que ejercita tercero décima, y que a María Teresa, que escucha en el pasillo, le recuerda también sus mañanas de infancia en la parroquia de Villa del Parque, brote con relativa unanimidad. En el esfuerzo afiglente de tinte gregoriano, se pierde por completo el sentido de los versos: ya nadie percibe, y acaso tampoco el profesor Schulz, que en todo esto está Dido, y en procura de Dido está Eneas, y escribiendo a Eneas

Virgilio, y orientando a Virgilio Mecenas, y dirigiendo a Mecenas Augusto primero, el emperador de Roma.

Suena el timbre y termina el día. Antes de dejar el aula, no obstante, hay que proceder al arreo de la bandera nacional. Quienes efectúan esa tarea en sentido estricto son los alumnos de sexto año, formados a tal efecto en el claustro central del colegio; pero el resto de los alumnos, los de primero, segundo, tercero, cuarto y quinto, aunque permanecen en sus aulas y no asisten directamente al rito, saben que ese acto está ocurriendo, y esa sola certeza basta para que participen, de alguna manera, de la solemne ceremonia. Los parlantes que hay diseminados por todo el colegio, y que expiden música clásica durante los recreos, ahora distribuyen las notas de una canción patria que lleva por nombre «Aurora». Firmes junto a sus bancos, mirando al frente, desde donde sus preceptores los miran, los alumnos del colegio cantan.

—¡Es la bandera! ¡De la patria mía! ¡Del sol nacida! ¡Que me ha dado Dios! ¡Es la bandera! ¡De la patria mía! ¡Del sol nacida! ¡Que me ha dado Dios!

Hoy no se sale por la puerta de Bolívar. El señor Biasutto coordina a los preceptores, que ya impartieron sus directivas a los alumnos para dar orden a un procedimiento que no es el habitual. María Teresa, la preceptora de tercero décima, está nerviosa pero lo disimula. Espera su momento parada en la puerta del aula. Las divisiones van saliendo de a una por vez. La séptima, la octava, la novena. Por fin le toca.

—Me siguen a mí —dice el señor Biasutto.

El trayecto a recorrer en el colegio es en principio el mismo de siempre. Hasta llegar a la gran escalera blanca de mármol, que lleva a la planta baja, nada ha cambiado. Pero una vez que dejan atrás esa escalera, cosa que no puede hacerse sin asumir cierto aire protocolar, en vez de seguir adelante y dirigirse hacia el hall de entrada del colegio, giran otra vez para acceder a la escalera que lleva al subsuelo. Es más estrecha y es más oscura, y María Teresa hasta este momento nunca había tenido que emplearla. En el subsuelo del colegio hay un gimnasio, está la sala de música, está el comedor estudiantil, está la pileta de natación, está el microcine. Se cuenta que existen, en una parte indeterminada del subsuelo, quizás pasando el

gimnasio o quizás en un pasadizo al que se accede desde el microcine, unos túneles secretos que datan del tiempo de la colonia, cuando el Colegio Nacional era todavía el Real Colegio de San Carlos, y que comunicaban con la iglesia de San Ignacio, por empezar, y luego, continuando la marcha, con el Fuerte de la Plaza Mayor, vale decir, traducido al presente, con la Casa de Gobierno frente a la Plaza de Mayo.

María Teresa llega al subsuelo con cierta inquietud, y aunque ese mundo de techo apretado es apenas más lúgubre que el resto de los claustros y dependencias del colegio, ella presiente un aire siniestro al tratar de adivinar la existencia de los túneles secretos. El señor Biasutto, jefe de preceptores, la saca de su ensoñación.

—Pronto y por acá.

La puerta de salida que da a la calle Moreno es pequeña y muy poco manifiesta, y apenas si se distingue del muro grisáceo al que viene a interrumpir. Podría ser también secreta, tan secreta como los túneles soterrados que tantas conjeturas motivan. De hecho nunca se abre y nunca se utiliza, y si hoy se ha abierto es por excepción.

—Hasta mañana, señores.

Los alumnos salen a la calle como paracaidistas que se sueltan de un avión en vuelo: amedrentados pero conscientes de que no pueden retractarse. Harán lo que se les dijo que hicieran: alejarse de la zona sin detenerse pero sin correr. Se irán a sus casas. Los preceptores, una vez finalizadas las tareas del día, también se irán a sus casas. Pasadas las seis y media de la tarde, van a buscar sus pertenencias y se aprestan a salir. En ese momento, cuando advierte que van a tener que volver al subsuelo, María Teresa entiende que las instrucciones que brindara el señor Vicerrector, y que ellos trasladaron fielmente a los alumnos, los afectan y los incluyen. También ella va a salir ahora por la puerta lateral que da a la calle Moreno. También para ella está vedado el acceso del subterráneo donde viaja habitualmente. También ella apurará el paso, aunque sin por eso correr, en dirección a la Avenida 9 de Julio. Allí se tomará, también ella, un colectivo cualquiera, el primero que pase, aunque después tenga que bajarse y tomarse otro que la lleve realmente hasta su casa. Tampoco ella sabe con

precisión qué es lo que está pasando, aunque se desenvuelva con la resolución de los que sí saben. Tampoco ella tiene las ideas claras.

La calle luce tranquila. Demasiado tranquila, a decir verdad: es eso lo que tiene de extraña. Es la hora que corresponde al más intenso movimiento urbano y sin embargo aquí, en pleno centro, los autos escasean. Los peatones que ve pasar le parecen a María Teresa recién salidos de un sótano, como si se estuvieran trasladando de un refugio a otro refugio por las calles de una ciudad sometida a un ataque aéreo. Hay una tregua y ellos la aprovechan, y se diría que es por eso que arrastran el peso de sus expresiones pasmadas. Acaso ella no tenga una expresión distinta, pero ella a sí misma no se ve. Si tuviese que distinguir al menos una señal que provenga de lo que está pasando, no podría hacerlo. Y sin embargo no cabe duda de que el cielo de la ciudad se ha ensombrecido, y que cae un acento espeso sobre la noche que se acerca. No es posible indicar con nitidez de dónde surge esa especie de congoja, pero se la puede tocar lo mismo que al aire.

María Teresa llega por fin a la Avenida 9 de Julio. Se pregunta si será verdad que es la avenida más ancha del mundo. Buscando un colectivo al que pueda subirse, mira para un lado y mira para el otro. Al girar la cabeza hacia la derecha, distingue el obelisco. Esa visión le trae el recuerdo de la postal que ha mandado su hermano. El recuerdo de esa imagen la deja pensando en él.

Séptima hora

Servelli incurre en su costumbre consabida, la de reírse de repente, sin motivos y a destiempo; pero esta vez lo hace en la peor de las ocasiones posibles. Esa risa sin contexto, que a sus compañeros tanto divierte y que es preciso reconvenir, se debe a los nervios, o al gusto por aparentar inocencia, o al hecho cierto de comprender siempre tarde los chistes o los sarcasmos. Es una risa sin sentido que habitualmente motiva otras risas, las de la mofa, por parte de los compañeros. En esta ocasión, sin embargo, la circunstancia en que irrumpie es tan claramente inoportuna, que nace y muere sola, hundida en la zozobra de un silencio escandaloso.

El señor Prefecto está recorriendo los cursos del turno vespertino. Lo hace para dirigir unas breves palabras a los alumnos del colegio. Los alumnos deben ponerse de pie cuando él ingresa al aula, quietos y derechos a un costado de sus pupitres, como lo hacen cuando los profesores entran al aula para dar clase; pero a diferencia de lo que hacen cuando quien entra es un profesor, que es sentarse para que la clase comience, ahora deben permanecer de pie, la mirada al frente y los brazos al costado del cuerpo, hasta tanto el señor Prefecto dé por terminada su intervención, se despida y salga del aula.

Sus palabras son pocas pero claras, y dichas con un rigor que las vuelve verdaderas. Se refieren a lo que significa el Colegio Nacional de Buenos Aires en la historia de la República Argentina y a lo que implica, en consecuencia, ser alumno del colegio. Hacen historia: se remontan a la fundación, en el año 1778, a cargo del Virrey Vértiz, el segundo virrey que rigiera las Provincias Unidas del Río de la Plata, y al que se consagrara para la posteridad como el Virrey de las Luces (en parte por haber establecido, como estableció, el primer sistema de alumbrado público en la ciudad de

Buenos Aires, y en parte por haber fundado, como fundó, verdaderos pilares del credo iluminista, como por ejemplo el Real Colegio de San Carlos). Sigue en el discurso una somera enumeración de discípulos ilustres, siendo ya el colegio conocido como Colegio de Ciencias Morales, entre los cuales descuelga sin dudas el prócer Manuel Belgrano, miembro de la Primera Junta de Gobierno de 1810, vencedor en las batallas de Salta y Tucumán, y creador de la bandera argentina bajo la inspiración luminosa del aspecto del cielo. El colegio encuentra en 1863 su refundación definitiva, ya como Colegio Nacional, bajo el genio de Bartolomé Mitre, fundador de la Nación misma; primer presidente argentino, militar de fuste, historiador cabal, periodista de raza y traductor avezado. Mitre funda la Nación, y el diario *La Nación*, y la historia nacional, y el Colegio Nacional. Más tarde, hacia 1880, el colegio es cuna de la generación más brillante que haya conocido la historia argentina, como lo testimonia Miguel Cané en su ya clásico libro *Juvenilia*, y es así que en la consolidación inestimable del Estado Nacional argentino el colegio cumple, una vez más, un papel decisivo. El señor Prefecto dice haber demostrado de esta manera, aunque con palabras sucintas, que la historia de la Patria y la historia del colegio son una y la misma cosa. Desprende de esa comprobación la conclusión incontestable de que cada alumno del colegio, por el solo hecho de serlo, asume un compromiso patriótico sin parangón, superior, incluso, al que puede alcanzar cualquier otro argentino (habla, dice, de los argentinos bien nacidos). Cuando la Patria lo requiere, no hay respuesta más pronta ni más segura que la que puede brindar un alumno del colegio.

—Les pido que lo piensen. Especialmente ahora.

El señor Prefecto concluye, se despide y va saliendo del aula. Habiendo ya cruzado la puerta, no ha salido, sin embargo, del todo aún; lo que pasa en el aula lo alcanza todavía, le compete todavía, y lo que pasa en el aula es lo más inadmisible, lo que no habría debido pasar: que sin sentido y sin razón, Servelli suelta una risa. Una risa corta, hueca, una risa sin malicia pero cierta y perfectamente audible. El señor Prefecto, que ya salía, se detiene. Por un instante permanece así. Está de espaldas, pero el alboroto de su ceja puede adivinarse sin dudas. Se demora un segundo. No es un segundo de vacilación, sino de incredulidad, pasado el cual el señor Prefecto gira,

vuelve sobre sus pasos, ingresa de nuevo en el aula. Se ubica otra vez sobre la tarima, desde donde se domina bien, a golpe de vista, al curso entero. Cruza las manos detrás de la espalda. Un dedo le tiembla: es el mayor. Ni el crujido de las maderas del piso se siente ahora. El señor Prefecto interroga.

—¿Quién fue?

Nadie responde. El señor Prefecto aprieta la boca y asiente varias veces, como entendiendo algo que sin embargo no habrá de conmoverlo.

—El que fue, que lo diga.

Su mirada se desencaja con el temblor de una ceja y motiva un repentino parpadeo involuntario. Nadie confiesa.

—El que sepa quién fue, que lo diga.

El cuello del señor Prefecto se tuerce, los dientes buscan algo adentro de la boca. Nadie dice nada. Todos saben que fue Servelli, porque Servelli es la que se ríe cuando no se ríe ningún otro. Pero nadie dice nada. María Teresa está ubicada muy cerca del señor Prefecto, igualmente de frente al curso, aunque abajo de la tarima. Está confusa: ella también sabe que la que se rió fue Servelli. Se pregunta qué tiene que hacer: si decirlo o no decirlo. No puede dudar, si acaso va a decirlo tiene que hacerlo de inmediato. No sabe qué hacer. Por una parte teme, y no sin motivo, que si se queda callada los alumnos puedan pensar que ese silencio es complicidad, porque ellos saben que ella sabe. Entonces debería tomar prontamente la palabra y declarar: «Fue Servelli». Pero por otra parte advierte que lo que el señor Prefecto está buscando no es solamente determinar quién fue el que se rió, sino algo más, algo más profundo y también más trascendente: que el que fue lo confiese, o que un compañero del que fue lo denuncie. Para que este propósito se cumpla, María Teresa debe abstenerse. Cuando el señor Prefecto pregunta quién fue, cuando el señor Prefecto pregunta si alguien sabe quién fue, no la está incluyendo a ella entre los interrogados. Ella es la preceptora de tercero décima, no uno de sus alumnos. Para mantener esa distancia, que la protege, debe quedarse estrictamente callada. Y así se queda, de hecho, a medias por la decisión de callar y a medias por lo que dura su indecisión, hasta que el señor Prefecto da por terminada la espera y pasa a la toma de medidas.

—Tercero décima recibirá una sanción colectiva de diez amonestaciones y permanecerá en séptima hora durante toda esta semana.

Las horas de clase que ocupan cada jornada son seis, y cada una de ellas dura cuarenta minutos. Ese lapso, con el agregado de los tres recreos que se intercalan, cubre las cinco horas de reloj de la cursada de cada tarde: desde la una y diez, la hora en que se entra, hasta las seis y diez, la hora en que se sale. El colegio tiene, además, la facultad de adosar una hora más a las seis que son de rigor, la séptima hora, ya sea por razones pedagógicas o por razones disciplinarias. En esos casos, los alumnos deben permanecer en el colegio hasta casi las siete de la tarde. Para entonces el edificio va quedando vacío, o casi vacío; ese entorno de desolación, que es imposible disimular, le impone mayor pena al castigo que se pueda haber administrado. Se oyen ecos de pasos distantes y se distingue la evidencia de que afuera, en la calle, ya es de noche o ya está anocheciendo.

Durante la séptima hora los alumnos deben permanecer en el aula, cada cual en su banco; no pueden conversar ni pueden ocuparse de asuntos que sean ajenos al colegio. Pueden estudiar, si quieren. Pero si no quieren estudiar, no pueden hacer otra cosa.

—Esto no es hora libre, señores.

Tampoco pueden pasarse papelitos, mascar chicle, relajar el aspecto de sus uniformes ni entretenérse con juegos de ingenio, aunque sean solitarios.

—Esto no es un premio, señores. No es un recreo, están sancionados.

El transcurso de la séptima hora supone también cierta exigencia para los preceptores, precisamente porque no sucede nada, nada de nada, y es esa nada lo que ellos tienen que custodiar. María Teresa ocupa ahora el asiento de los profesores, sobre la tarima que los jerarquiza, y mira hacia la clase. Los alumnos están quietos y callados, la mayoría no hace nada. No es tiempo de pruebas escritas todavía, así que, si bien un alumno del colegio debería encontrar siempre una tarea con la que cumplir o al menos una tarea para adelantar, lo concreto es que las fechas no los urgen todavía. Unos pocos se ocupan con alguna lectura o muerden la punta de una lapicera, empantanados en una ecuación de resolución improbable. Varios otros, en cambio, se quedan sencillamente absortos, dejando que el tiempo pase. Según cómo se tome, la séptima hora, aplicada como sanción, puede implicar la pena de prolongar el tiempo de estudio dentro del colegio, o

bien, en su defecto, la pena de vivenciar el puro paso del tiempo: el paso del tiempo y nada más.

María Teresa vigila que ningún alumno convierta la séptima hora en motivo de distracción.

—¿Qué está haciendo, Valentinis?

—Estoy leyendo, señorita preceptora.

—Eso ya lo veo, Valentinis. Quiero saber qué está leyendo. ¿Una revista?

—Leo sobre música, señorita preceptora.

—¿Es un material que les haya dado el profesor Roel?

—No, señorita preceptora.

—¿Quiere decir que lo que lee no forma parte de la materia Música?

—No, señorita preceptora.

—Entonces guárdelo.

Una trampa que tiene la séptima hora es que los alumnos pueden optar entre ponerse a hacer alguna cosa o quedarse meramente ahí, sentados, mirando nada más, hasta que se hagan las siete; en cambio los preceptores no pueden, aunque quieran, hacer otra cosa que permanecer y contemplar. María Teresa recorre los rostros de manera despaciosa (si hay algo que tiene, es tiempo). Se fija por ejemplo en Capelán: su juego de mano o de dedos sobre el hombro de Marré se renueva en cada formación y en cada toma de distancia; ella quisiera detectar en su fisonomía, como aspiraban a hacerlo los grandes científicos del siglo XIX, un principio de inocencia o un principio de maldad que resolviesen su caso y ya no requiriesen ulteriores revisiones. Luego se fija en Servelli; es la culpable de que todos sus compañeros, además de cargar con impensadas amonestaciones, permanezcan todavía aquí, demorados y vencidos por las leyes del tedio; pero nada hay en su expresión, ni tampoco en su conducta, que denote alguna clase de remordimiento. Luego se fija en Cascardo: es tanta la exigencia que le impone el libro que está leyendo, que sus orejas de repente han enrojecido y se diría que van a ponerse a arder de un momento para otro. Recorre otras caras, casi siempre insípidas, y vuelve a empezar.

En tanto no existen progresos ni escollos para este simple ejercicio del poder de observación, María Teresa tan sólo se propone hacerlo durar hasta

que la inminencia de las siete de la tarde autorice su interrupción. No espera ningún sobresalto, y no tiene por qué haberlo. Y no obstante ella, la preceptora, que es aquí la que observa, se siente de pronto observada. Al principio no detecta quién es el que la mira, pero se sabe mirada sin dudas, porque así es como sucede en estos casos; levanta los ojos con la clara decisión de encontrar esos otros ojos. Y el que la mira, desde su banco, no es otro que Baragli. Baragli la mira, y con fijeza, aunque también con una expresión de indolencia que podría tomarse por insipidez. Así quisiera entenderla María Teresa, aunque hay algo, ella no sabe bien qué, que se lo impide. Ella quisiera percibir en esa mirada nada más que un aire ausente, un rezago anodino, el agobio moderado y despacioso de no tener nada que hacer. Ella quisiera entenderlo así, pero hay algo que se lo impide. No sabe bien qué. No se decide a pensar que es sarcasmo, o peor que el sarcasmo: lascivia, porque si fuese sarcasmo o si fuese lascivia ella podría intervenir categóricamente y acabar con la situación de manera fulminante (no importa que el sentido de una mirada sea por cierto de comprobación imposible: bastaría con su palabra y no habría margen para apelación alguna). Baragli no se está burlando de ella ni tampoco le dirige, estrictamente hablando, una mirada de varón, y no obstante, María Teresa está segura, no hay plena inocencia en esos ojos. No la está provocando: si ella reaccionara, esa reacción resultaría excesiva. Y sin embargo es evidente que Baragli la mira en demasía, demasiado tiempo, demasiado fijamente. Lo hace, pese a todo, con tal astucia, que bien podría alegar, llegado el caso, que su mirada estaba perdida, que no miraba nada en particular, que miraba el pizarrón o la pared o el techo, que en sentido estricto miraba al frente, y esta actitud es de por sí la más inobjetable, y que no es su culpa si en el frente se encuentra ella. María Teresa se anticipa a estas alternativas y en consecuencia nada hace. Trata de mirar otras cosas, otras caras, o de mirar desvaídamente hacia el fondo del aula así como se espera que ellos, los alumnos, miren hacia el frente; pero los ojos que miran ejercen una atracción irresistible, como lo saben bien los estudiosos de historia del arte, y ella tarde o temprano retorna con su mirada a Baragli, y encuentra que Baragli la está mirando todavía. María Teresa baja un poco la vista, pero no para irse de Baragli, sino para examinar su boca. Encuentra lo que suponía:

esa inminencia de sonrisa que tanta inquietud suscita. Si hubiese una risa, si hubiese una sonrisa, si hubiese tan sólo un movimiento evidente en una comisura, qué fácil sería, para ella, tomar medidas, sancionar a Baragli y concluir con este asunto. Pero ella no puede proceder así con un gesto que todavía no existe. Que está a punto de existir, que se intuye, que hasta se adivina, pero que no existe. No puede hacer nada, tan sólo esperar. Esperar hasta acercarse a las siete de la tarde.

Por fin ese momento llega, y termina la séptima hora.

—Muy bien, señores. Recojan sus útiles.

Los alumnos empiezan a salir del aula. María Teresa se ubica en el vano de la puerta para supervisar la salida. Esa posición le permite el control simultáneo del claustro y del aula, de los que ya salieron y de los que no salieron todavía. Claro que también obliga, al ponerse ahí, a que los alumnos deban pasar un tanto cerca de ella. Alguno que otro hasta la roza, involuntariamente por supuesto, con una valija o con el borde de un *blazer*. Cuando pasa Baragli, no la mira. Extrañamente o no, ella no alcanza a decidirlo, no la mira en absoluto. Pasa pronto y con la vista olvidada de todo lo que no sea el suelo o los zapatos. Su paso sin embargo despieza, sobre ella en este caso, un aroma de no pocas reminiscencias. María Teresa se ve de repente transportada a las noches de sobremesa en su casa de infancia; demora algún instante en advertir que es a su padre a quien evoca: a su padre después de la cena, cuando ella era chica, cuando vivían en la casa que tenía un patio atrás, y en ese patio canteros. Sólo un poco más tarde consigue establecer, afectada por la asociación, que Baragli pasó junto a ella con un aroma idéntico al de aquellas noches perdidas, y que ese aroma es el que tienen los cigarrillos de tabaco negro. Su padre fumaba esa clase de cigarrillos, unos que venían en paquetes de vetas doradas y verdes; ya no son tan frecuentes, pero todavía se consiguen. El olor de sus volutas de humo inundaba la casa de la niñez todas las noches, porque de hecho formaba parte de un rito que no admitía excepciones. Baragli ahora, al pasar junto a ella, le devuelve ese olor o la devuelve a ese olor, y ella por un momento se queda abstraída, si es que no confusa, en la puerta del aula, en el borde del final del día.

Cuando sale a la calle, un rato después, y aun cuando va viajando en el subte, más tarde todavía, no se ha escabullido del todo de eso que acaba de producirse en su memoria y en su semblante, y que actúa precisamente como podría hacerlo un aroma: un efecto que se impregna en la ropa y en la nariz, o en el recuerdo, y que perdura más allá de toda decisión. La mortifica, antes que nada, reconocerse tan susceptible, ver que un simple incidente del colegio turba su estado de ánimo y hasta le hace daño. Y luego la mortifica comprobar hasta qué punto la inquietud persiste en ella: las estaciones de subte se suceden, dejando cada vez más lejos el colegio y lo que sucedió, y pese a todo ella no logra evadirse de ese mundo, del mundo que surgió con el solo roce de un aroma, ese mundo de la casa, del patio, de los canteros, de la noche, de la infancia, de su padre, del tabaco, del humo, de Baragli.

No se libera de este malestar hasta que puede enfocar todo el asunto desde el punto de vista de lo que ella primariamente es: la preceptora de tercero décima. Debió encararlo así desde un primer momento, pero no lo comprende sino hasta ahora, recién ahora. Desde el punto de vista de sus responsabilidades como preceptora del curso, tiene otro motivo preciso para su preocupación. Es simple, y es obvio, pero hasta este momento, el momento en que lo razona así, se le había ido pasando por alto: si el alumno Baragli, poco menos que a las siete de la tarde, pasó cerca de ella y olía a tabaco, es porque estuvo fumando, y estuvo fumando dentro del colegio, y estuvo fumando durante el horario de clase.

María Teresa se regocija con su inferencia sin reprocharse no haberla hecho antes, en el momento exacto en que debió hacerla. No se recrimina nada, al contrario, tan sólo se congratula. Lo demás será cuestión de tiempo: así lo determina. Y es que en este instante, en esta noche y en este lugar a oscuras que le pasa a la ciudad por debajo, toma la decisión capital de lo que será su propósito más importante en los días que sigan: sorprender a Baragli, y a los que sean que compartan su conducta, en la situación concreta de su infracción a las reglas, vale decir, según suele expresarse, y según ella misma lo piensa ahora, pescarlos *in fraganti*.

Cuando el señor Biasutto se acerque a ella, en una tarde calma de la sala de preceptores, y le recuerde, sorprendiéndola en cierto modo, que ambos

tienen una conversación pendiente, María Teresa declinará de hecho referirle el episodio que originalmente la impulsara, esto es la manera libidinosa en que Dreiman se apoyaba en Baragli en la vereda del colegio esa vez que ella la vio, o bien participarlo de sus sospechas más insistentes, que es que hay alumnos que aprovechan la situación de tomar distancia en las formaciones para progresar veladamente en tanteos inadmisibles, y a cambio le menciona esto otro, más reciente pero también más poderoso, y que es su muy firme presunción, y más que eso ya casi su certidumbre, de que hay alumnos que se las ingenian para fumar en el colegio durante el transcurso del horario de clase.

El señor Biasutto, que la escuchaba de pie, se sienta ahora junto a ella.

—Lo que usted dice me interesa sobremanera.

María Teresa escucha estas palabras con alivio; luego nota que el alivio muta en entusiasmo; luego nota que el entusiasmo vira hacia el orgullo. El señor Biasutto, que es el jefe de preceptores, aprecia su trabajo. Le da la razón, le presta oídos, encuentra sus sospechas muy perspicaces y atendibles. En otros colegios puede que esa clase de transgresión forme parte de lo posible, y hasta se la considera un tópico: que los alumnos se escondan para fumar en los baños es un lugar común. Pero en este colegio se aspira a la excepción, aun en este rubro. El señor Biasutto se expresa con la seguridad que le dan los años que lleva en la función y el prestigio sin alardes de la tarea que ha sabido efectuar en el colegio. Tiene experiencia, y desde la experiencia, que es como la tarima que ocupan los profesores para dictar sus clases, conversa con María Teresa, que es la preceptora más reciente pero que, pese a ser tan nueva, ya demuestra, y es él quien lo dice, las mejores condiciones.

El señor Biasutto le cuenta lo que fueron los años más difíciles para el colegio y para el país. Una etapa que felizmente parece haber sido superada, aunque confiarse sería el error más terrible. María Teresa siente que éste es el momento de preguntarle por las listas, el momento de pedirle que le cuente sobre la confección de listas; pero no se anima y calla. El señor Biasutto ha concebido una comparación: la subversión, le explica, a ella que es novata, es como un cáncer, un cáncer que primero toma un órgano, supongamos la juventud, y la infecta de violencia y de ideas extrañas; pero

luego ese cáncer hace además sus ramificaciones, que se llaman metástasis, y a esas ramificaciones, que parecen menos graves, hay que combatirlas de todas maneras, porque en ellas el germen del cáncer late todavía, y un cáncer no se acaba hasta tanto se lo extirpa por completo. El señor Biasutto desliza un dedo lento por su bigote oscuro, en actitud de recuerdo. Ya pasó la etapa, dice, en que teníamos que perseguir actividades ilegales y secuestrar materiales de alta peligrosidad (algún día, le dice confidente, bajando el tono y hablando al oído de María Teresa, le haré ver esos materiales, que conservo en un archivo de la penetración ideológica). El colegio, y el país, han podido salir airoso de ese período, pero de qué serviría haber atacado el cáncer si vamos a despreocuparnos de sus ramificaciones. El señor Biasutto intenta un gesto, que deja incompleto y que María Teresa no entiende, un gesto que acaso habría entendido si hubiese existido del todo, aunque cree que consistía en sujetar su brazo de novata, de preceptor novata, con la mano sabia y firme de un jefe de preceptores de trayectoria intachable. La mano se detiene a mitad de camino, como atacada de amnesia. Otra comparación nace al instante de la inspiración del señor Biasutto: la subversión es un cuerpo, pero también es un espíritu. Porque el espíritu sobrevive y alguna vez bien puede reencarnar en un nuevo cuerpo. Fumar en los baños del colegio ¿qué es? El señor Biasutto hace una pausa, pero María Teresa ha entendido que esta pregunta es retórica. En otra época, y aun en otro colegio, responde él mismo, es una travesura: la típica travesura de la adolescencia descarriada. En este tiempo, y en este colegio, es otra cosa: es el espíritu de la subversión que nos amenaza.

El señor Biasutto se alisa el pelo con las dos manos, satisfecho porque siente que se ha expresado muy bien. Sabe que María Teresa empieza a admirarlo, antes incluso de que lo sepa ella misma.

Juvenilia

La madre llora ahora con más frecuencia, y además lo hace con hipos y con ahogos. La radio a toda hora, pero en especial a la mañana, machaca a la audiencia con marchas rigurosas. Ha llegado entretanto otra postal de Francisco. Es la misma postal de antes: una vista panorámica del obelisco en Buenos Aires. Podría tratarse de otra foto, parecida aunque distinta, pero es la misma de la vez anterior. María Teresa lo verifica reparando en el detalle del colectivo rojo al que se ve pasar por la rotonda. La misma foto y el mismo chiste: hacer de cuenta que él está lejos, o que son ellas, la madre y la hermana, las que están lejos, y que entonces la postal del paisaje lugareño tiene para todos algún sentido. En el envés de la postal, Francisco ha repetido también su frase: «No logro compenetrarme».

Francisco ha de haber escrito esas pocas palabras sobre la mesa de algún precario barracón donde le toca comer, y al que probablemente, e impropiamente, llamen cantina, usando otra más de esas postales repetidas que al parecer han comprado por docena. Como hacer el chiste es lo que le importa, y no que el chiste cause gracia, lo reitera sin complejos. Queda claro que se divierte solo, que no está queriendo alegrar a la madre o a la hermana. Lo que no imagina, lo que no calcula, es que de por medio está el correo, y que el correo retrasa por demás la llegada de su nota. Para cuando la postal es retirada por María Teresa de la mesa de la cocina, para cuando es abierta y leída con defraudada ansiedad, eso que él mentía: que estaba lejos, se ha vuelto verdad. Ya no está más en Villa Martelli para entonces. Lo han trasladado. Sin dar aviso ni explicaciones, ni tener por qué darlas, les ordenaron a él y a los otros que juntaran sus cosas y que las hicieran caber en las mochilas, luego que formaran en el playón principal de la unidad, y por fin que se subieran a la parte de atrás de unos camiones de

frente curvo, con el escaso cobijo de unas lonas mal atadas. No iban lejos, pero tampoco cerca: iban a un sitio llamado Azul. Tardaron horas en llegar.

María Teresa trata de serenar a su madre, que mayormente la escucha pero no la oye, o que en su defecto la oye pero no la entiende, o que en última instancia la entiende pero no le cree, con un argumento simple pero a todas luces insuficiente: que Azul queda hacia el sur, es cierto, pero que en todo caso no es el sur. Ella se ha fijado en un mapa, lo consultó en el colegio, en tercer año no se da geografía argentina pero en quinto sí. Azul está en la provincia de Buenos Aires, más o menos por el medio, antes de las elevaciones repentinasy de Sierra de la Ventana, y por sobre todas las cosas lejos del mar, bien lejos del mar. La madre llora de todas formas y se pregunta qué es lo que vendrá después.

En el colegio la prioridad absoluta es preservar debidamente la atmósfera de disciplina y concentración para el estudio. No se pasan por alto las diversas alternativas del curso de los acontecimientos, y de hecho el señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría, ha determinado el uso obligatorio de escarapelas argentinas en las solapas, decisión que afecta a los alumnos del colegio no menos que a sus autoridades. Pero en una casa de estudios es eso precisamente, la aplicación al estudio, lo que debe privilegiarse. La tarde en la que, por razones que se ignoran, sonó la sirena del diario *La Prensa*, y que debido a su proximidad se escuchó en el colegio como si se la propalara por los parlantes que hay en los claustros, no faltaron gemidos de inquietud y una vaga fantasía de bombardeo. Incluso los profesores, o sobre todo los profesores, mudaron sus expresiones hacia la mesurada precaución o hacia el miedo declarado, según los casos y los temperamentos, al sentir ese sonido hasta entonces conocido tan sólo en las películas. La sirena del diario *La Prensa* sonó durante casi un minuto esa tarde, y nunca se supo por qué: si la activaron accidentalmente o si la estaban poniendo a prueba. El único sonido del exterior que por lo común es capaz de llegar hasta el colegio, atravesando el considerable grosor de sus históricos muros y el hermético envasamiento de sus ventanas siempre cerradas, es el anuncio acampanado de cada hora exacta, de cada media hora, de las y cuarto y de las menos cuarto, emitido desde la torre del ex Concejo Deliberante con idéntica música a la que, en Londres, caracteriza al Big Ben. Fuera de ese

conteo minucioso del paso del tiempo, que el colegio recoge a una cuadra de distancia, las jornadas de clase transcurren como si el edificio del colegio no estuviese en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, sino en medio de un desierto. Nada de lo que pueda sonar afuera alcanza a resonar adentro. Pero la sirena del diario *La Prensa*, instalada en esa célebre cúpula que da lustre a la Avenida de Mayo, sonó afuera como si estuviese adentro. Y adentro, para peor, todos callaron, suspendidos y pendientes. Duró un minuto, casi un minuto. Después volvió el silencio y nada pasó. Nada. Entonces hubo risas nerviosas, bastantes risas, cosa extraña en el colegio, y las hubo incluso entre los profesores, o sobre todo entre los profesores. Pasado ese minuto, y pasado su desenlace, el dictado de clases se retomó como si nada hubiese acontecido; a nadie se le ocurrió que hubiese otra posibilidad, y de hecho no la había. Sólo la dictadura de Rosas, que fue la mayor tragedia de la historia argentina en todo el siglo XIX, había interrumpido las actividades de enseñanza en el colegio, y nada semejante debía volver a ocurrir, ni siquiera por un día.

María Teresa empieza a poner en práctica su propósito de vigilar los baños durante los recreos. Normalmente los preceptores recorren los claustros al azar, mientras los alumnos dedican ese tiempo a conversar o a repasar apuntes de estudio o a comprar alguna cosa para comer en el kiosco que hay en cada piso del colegio. María Teresa conserva, en su ir y venir de ojos bien abiertos, la apariencia de lo azaroso: un poco por acá, otro poco por allá, como es propio de cualquier ronda de vigilancia. Pero en verdad ya no se desplaza enteramente al azar, sino privilegiando ese tramo en particular del claustro del segundo piso que es donde se encuentra el sector de los baños. En cada piso hay dos baños, uno para varones y uno para mujeres. Cada baño tiene dos puertas, una en cada extremo. Las puertas son de dos hojas, dos hojas de madera pintadas de verde, de tipo vaivén, como se ven en las películas del oeste que pasan por televisión los sábados a la tarde. Puertas vaivén que no llegan hasta el piso, sino más o menos hasta la altura de los muslos, a las que hay que empujar con el hombro o estirando una mano para entrar o para salir, y que luego quedan oscilando en uno y otro sentido, precisamente con el movimiento que les da su nombre, con

una fuerza que va decreciendo hasta dejarlas quietas otra vez en el punto preciso en que quedan a la par una con otra.

El baño de varones es el que escoge María Teresa. Si en efecto, tal como ella lo supone, hay alumnos que fuman en el colegio, tiene que ser ahí donde lo hacen y no en otra parte. El andar de los preceptores es siempre pausado, firme pero sereno. Ella tiende a apurarse un poco al pasar por delante de las puertas del baño, y esto lo tiene que corregir sin dudas. Sin llegar a detenerse en ese sitio, lo que sería impropio, debe estirar la duración de su paso frente a las puertas para darse chance a detectar eso que quiere detectar. La vista la baja, no vaya a parecer que espía hacia el interior del baño de los varones, cosa que, con el mecanismo que adoptan las puertas vaivén, no sería para nada imposible. Lo que quiere no es mirar, lo que quiere no es ver, sino captar por la vía del olfato si en el secreto de los baños se verifica una violación del reglamento. Este examen resultaría desde luego más sencillo para un preceptor varón, porque contaría con la posibilidad de entrar él mismo al baño. Pero María Teresa no piensa en compartir sus sospechas con algún colega, con Marcelo o con Leonardo o con Alberto; quiere ser ella la que descubra al infractor y pueda por fin presentar el caso resuelto a la consideración, seguramente admirativa, del señor Biasutto.

Del baño emana siempre un olor penetrante a lavandina. Aunque fuerte, y hasta agresivo, es olor a limpieza. A lo largo del día ese olor va menguando por necesidad, afectado por el uso continuo del lugar y por el paso consecutivo de las horas; pero nunca llega a ser superado por esos otros olores, los más propios de los baños, los que en los baños de las estaciones de tren, por ejemplo, o en los baños de ciertos bares, imperan sin obstáculo alguno. A lo sumo se llega, al cabo de cada jornada, a cierto grado de neutralidad que no expresa higiene pero tampoco falta de higiene, es decir cierto olor a nada, o bien la completa falta de olor. Como sea, nunca nada que indique, ni al empezar la jornada, ni al promediarla, ni al concluirla, olor a tabaco negro; ninguna secuela que pueda quedar en el aire de un alumno que encendió un cigarrillo en la relativa privacidad de los recintos tabicados, para tragar el humo y después soltarlo, o bien para soplar el humo sin siquiera haberlo tragado, que es el estilo con que muchos

adolescentes fuman o creen que fuman. Francisco es la única persona, después de su padre, a quien María Teresa ha visto fumar con detalle.

El señor Biasutto no se ha interesado por estas indagaciones, cuya concreción de todas formas desconoce, pero María Teresa sabe bien que si ella alcanzara a descubrir una evidencia incontestable de todas estas irregularidades, que por ahora tan sólo entrevé, el jefe de preceptores se mostraría sin dudas complacido y hasta reconocido con ella. Se lo nota particularmente atareado en estos días, tal vez por eso no le ha dicho nada. Aun así, cuando se cruzan en un pasillo o en la sala de preceptores, nunca deja de dedicarle un gesto, un gesto de sentido difuso por lo general, pero que en cualquier caso expresa hacia ella alguna clase de distinción o deferencia, o que por lo menos le indica que él tiene presente aquella conversación tan especial que mantuvieron hace unos días. Es un período de bastante exigencia en las tareas del colegio, hay mucho para hacer a toda hora, porque se entiende que sin un esfuerzo especial las cosas acabarían por salirse de lo corriente. Y no existe nada máspreciado en el colegio que los hábitos.

Las horas libres, por ejemplo, que en términos generales son admitidas tan sólo como un accidente que se da en casos extremos, ahora deben ser neutralizadas por completo. Los profesores del colegio nunca faltan, se citan por tradición los casos de los que han asistido a dictar clases enfermos o convalecientes o a horas de haber sufrido la pérdida irreparable de un ser querido, porque preferían faltar a un chequeo o a un entierro antes que al colegio. Pero a veces, de todas maneras, y porque toda regla precisa de la excepción para ser regla, algún profesor se ausenta. Por supuesto que debe avisarlo con suficiente antelación, y no hay vez que no lo haga con un remordimiento sincero, pero lo cierto es que entonces quedan horas libres en la grilla de clases. Para las horas libres rigen las mismas pautas de comportamiento que para las séptimas horas, aunque los preceptores suelan decir, de las séptimas horas, que no son horas libres. El señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría, ha dispuesto ahora un cambio en lo atinente a las horas libres (un cambio ideado para la preservación de la normalidad en el estudio, para asegurarse que nada altere el imperio soberano de la normalidad). Cuando un profesor se ve obligado a faltar a clase, debe

comunicar a los preceptores de los cursos afectados no solamente el aviso de su falta, como siempre, sino también los contenidos de una tarea pedagógica que los alumnos tendrán que cumplimentar durante el transcurso de esas horas a las que, pese a todo, se sigue denominando libres. Los propios preceptores son los encargados de impartir a los cursos las tareas, supervisar su cumplimiento y recoger sus resultados, para hacérselos llegar posteriormente al profesor que faltó.

María Teresa va a ocupar ahora el escritorio de la tarima en el aula de tercero décima, porque el profesor Cano, que dicta historia, no concurrirá a dar clase en el día de hoy. Hay que cubrir dos horas: la quinta y la sexta, las últimas dos de la jornada. María Teresa manipula por primera vez el pizarrón doble que tanto ha visto, y que por un sistema que en algo le recuerda al mundo teatral, permite subir uno para que baje el otro, y viceversa. Frotando sin vehemencias la felpa del borrador, hace desaparecer de la faz de la pizarra una ecuación de doble incógnita que, por lo que se ve, dejó aturdidos a los alumnos de tercero décima desde la hora anterior. El profesor Cano, que ha venido enseñando las guerras púnicas en las últimas clases, dejó como tarea a realizar en la eventualidad de su ausencia, que ahora se verifica, un ejercicio de análisis y discusión de citas. El polvo de tiza que flota en el aire después de haber borrado el pizarrón enturbia todavía la vista y no se disipa del todo. María Teresa escribe en el frente: «Lea atentamente las siguientes citas. Coméntelas y relaciónelas». Luego tose o carraspea, y aclara que las citas son doce y que las va a dictar. Dicta con el mismo equilibrio de firmeza y pausa que emplea para recorrer los claustros durante los recreos. De todas formas, siempre hay alguno que es lerdo para escribir y que le pide que espere. O alguno que no logra retener las últimas palabras que ha dicho y le pide que repita.

La primera cita que ha dejado el profesor Cano, y que María Teresa dicta a los alumnos de tercero décima, es de Sun Tzu. Antes de leerla, gira y anota en el pizarrón, con letra de imprenta para ser más clara: «Sun Tzu. *El arte de la guerra*». Luego dicta: «La esencia de las artes marciales es la discreción». Hace una pausa. Repite: «La esencia... de las artes... marciales... es... la discrepancia». Otra cita: «El engaño es una herramienta de la guerra». Hace una pausa. Repite: «El engaño... es una herramienta...

de la guerra». Tercera cita, unida a la anterior: «Ten en cuenta que también los enemigos hacen uso del engaño». Hace una pausa. Repite: «Ten en cuenta... que... también los... enemigos... hacen uso... del engaño». Cuarta cita.

—¿Sigue siendo Sun Tzu?

—Sí, Valenzuela. Hasta que yo no diga lo contrario, las citas corresponden a *El arte de la guerra* de Sun Tzu.

Cuarta cita: «No presiones sobre el enemigo desesperado». Hace una pausa. Repite: «No presiones... sobre el enemigo... desesperado». Quinta cita: «Victoria total es no tener que haber llegado a la batalla». Hace una pausa. Repite: «Victoria total... es... no tener que haber llegado... a la batalla».

Hasta aquí, Sun Tzu. Ahora María Teresa gira de nuevo hacia el pizarrón y anota, justo debajo de lo que anotó antes: «Nicolás Maquiavelo. *Del arte de la guerra*». Dicta la sexta cita, primera de Maquiavelo: «Lo que mantiene unido a un ejército es la fama de su general». Hace una pausa. Repite: «Lo que mantiene... unido... a un ejército... es la fama... de su... general». Séptima cita, segunda de Maquiavelo: «Hay que tratar de no empujar al enemigo a una situación desesperada». Hace una pausa. Repite: «Hay que tratar... de no empujar... al enemigo... a una situación... desesperada». Ahora el tercer autor. María Teresa escribe en el pizarrón: «Karl Von Clausewitz. *De la guerra*». Octava cita, primera de Clausewitz.

—Espere, por favor.

Octava cita, primera de Clausewitz: «Ninguna otra actividad humana tiene contacto tan permanente y universal con el azar como la guerra». Hace una pausa. Repite: «Ninguna otra... actividad... humana... tiene contacto... tan permanente... y universal... con el azar... como la guerra».

—¿Puede repetir?

—No. Después lo copia de un compañero.

Novena cita, segunda de Clausewitz. Dicta: «La guerra implica incertidumbre». Hace una pausa. Repite: «La guerra... implica... incertidumbre». Décima cita. Tercera, y última, de Clausewitz: «En muchas guerras la acción abarca la menor parte del tiempo y la inacción la mayor

parte». Hace una pausa. Repite: «En muchas guerras... la acción abarca... la menor parte... del tiempo... y la inacción... la mayor parte».

María Teresa podría accionar el dispositivo de los pizarrones, ese que tanto recuerda a las tramoyas de la escenificación teatral, para que la parte del pizarrón en la que tiene que escribir ahora le quede justo a la altura del pecho. En vez de hacerlo, ella se agacha. Y así, agachada, un tanto incómoda, anota, con una letra algo más deficiente a causa de la incomodidad, el dato del último autor de la lista: «M. Zedong. *Escritos militares*». Luego dicta la undécima cita: «Todos cuantos participan en la guerra deben liberarse de los hábitos corrientes y acostumbrarse a la guerra». Hace una pausa. Repite: «Todos... cuantos participan... en la guerra... deben liberarse... de los hábitos... corrientes... y acostumbrarse... a la guerra». Por fin dicta la última cita del trabajo, que es del mismo autor: «Admitimos que el fenómeno de la guerra es más inasible y ofrece menos certidumbre que cualquier otro fenómeno social». Hace una pausa. Repite: «Admitimos... que el fenómeno... de la guerra... es más inasible... y ofrece menos certidumbre... que cualquier otro... fenómeno... social».

María Teresa deja sobre el escritorio la hoja con las citas que ha preparado el profesor Cano. En el pizarrón ya está escrito lo que los alumnos tienen que hacer.

—¿Alguna duda?

—No.

—¿Ninguna duda?

—No.

—Muy bien, señores. A trabajar.

Los alumnos bajan la cabeza y se ponen a escribir. Algunos, que no empiezan todavía, aprietan la punta de una birome entre los dientes esperando, cavilosos, que las ideas que tienen cobren forma de palabras. María Teresa los mira hacer y se dispersa. Es el último tramo del día que va pasando.

La siguiente postal que manda Francisco viene de Azul. Ésta tiene que haberla comprado él mismo. La debe haber comprado nueva, y sin embargo ya viene con las puntas ajadas, como si alguien la hubiese empleado alguna

vez para señalar con ella la página en la que interrumpía la lectura de un libro voluminoso, aunque lo más probable es que nunca nadie la haya utilizado ni para eso ni para nada, y que el leve arqueo y la raspadura de las esquinas de la postal no se deban a otra cosa que a su extenso ciclo de añejamiento en el exhibidor de metal de un bazar del pueblo, siendo profusamente considerada y desechada por sucesivos viajantes de comercio, choferes de micro de larga distancia o maestros de escuela que cubrían una suplencia.

La imagen que la postal ofrece corresponde sin dudas a la plaza principal de Azul. En su centro se yergue la estatua de rigor, la del general José de San Martín encumbrado en su caballo, estirando, hacia el horizonte, desde el hombro un brazo y desde la mano un dedo. A los lados se ven unas hileras de flores jubilosas, cuya coloración al parecer ha sido retocada para mejorar la foto. María Teresa ya está lista para encontrarse no más que con un puñado de palabras manuscritas por su hermano. Pero esta vez no hay nada, no ha escrito nada. Tan sólo ha puesto su firma, su nombre: Francisco. Y nada más.

En el colegio nadie sabe que María Teresa tiene un hermano. No tienen, por lo demás, manera alguna de saberlo, ya que a la regla general de parquedad que impera en el trato, ella le agrega una dosis personal de retraimiento y reserva. En la sala de preceptores, durante el horario de clase, sigue las conversaciones, las veces en que las hay, pero es poco lo que aporta en ellas, y ese poco consiste por lo común en frases huecas de ocasión (qué barbaridad, quién hubiera dicho, no lo puedo creer, Dios no lo permita: esa clase de expresiones). Durante los recreos, los preceptores andan sueltos, separados unos de otros, para cubrir así un área más amplia de control en los claustros, y por lo tanto no conversan. Ella además transita sostenidamente ese sector del que los demás se desentienden bastante, que es el de los baños. María Teresa no ceja en su solapada custodia del área. Merodea por ahí con insistencia, aunque sin evidenciar una preocupación especial. Por el momento sigue sin obtener ningún resultado positivo. De ese recinto proviene siempre un mismo olor a lavandina, con predominio en el vaho de lo que ella juzga que es amoniaco, o bien un aire denso pero inodoro, como ya verificó otras veces.

Para peor, en Buenos Aires ha empezado a hacer frío con más intensidad, porque el invierno está más próximo, y bajo las tempranas ráfagas del viento cortante de las calles María Teresa ha sucumbido a las molestias de un resfrío pertinaz. Lleva por eso siempre consigo un pañuelo de mujer, discretamente oculto entre la manga prieta de su pulóver negro y los volados blancos de la manga de su blusa, con el que se suena y se suena una y otra vez, soplando hasta sentir la presión del esfuerzo en los oídos; pero aun así la nariz se le vuelve a congestionar al instante, sin nunca quedar completamente despejada. No huele bien, ha perdido sutileza en el olfato, los matices es seguro que se le escapan. No obstante se tranquiliza con la segura convicción de que el olor del tabaco, si llegara a existir, no se le podría pasar por alto, ni aun a la distancia.

Los baños motivan una circulación peculiar entre los alumnos del claustro, y María Teresa sólo ahora, que acecha y atiende, puede advertirlo. Hay alumnos que van al baño en todos los recreos, y hasta entran ahí más de una vez durante un mismo recreo. Hay otros alumnos que, en cambio, nunca van: parecen no necesitarlo. Algunos pasan sólo para permanecer adentro varios minutos, es decir que lo hacen exclusivamente para atender grandes necesidades; y hay otros que entran y salen con extraordinaria rapidez, tanto que María Teresa se queda pensando cómo es posible que hagan su descarga de manera tan expeditiva, si bien ella sabe, como sabe cualquiera, que en esto los varones no proceden igual que las mujeres, ni tienen, *a posteriori*, los mismos requerimientos de higiene. Oye voces de varones en el baño, al pasar frente a las puertas; no es que quiera oír, lo que quiere es oler, pero no puede dejar de oír cada vez que pasa (tampoco quiere ver, ni quiere mirar, pero la vista a veces se filtra por las suyas en los resquicios y entre ranuras, distinguiendo, sin afanes, partes de piernas, espaldas fugaces, una mano en movimiento). Hay voces, conversaciones, María Teresa las distingue, los varones cuando van al baño al parecer no se comportan del mismo modo en que lo hacen las mujeres, las mujeres hablan antes y después de lo que hacen, pero lo que hacen lo hacen a solas, ensimismadas incluso, renunciando en ese trance a la existencia de los otros. A los varones María Teresa los imagina en cambio en una singular combinación de intimidad y vida social, porque la impresión que tiene es

que no interrumpen las conversaciones al hacer lo que hacen, que aun mientras lo hacen pueden reírse de un chiste que el otro dijo, o dejar que el otro les dé una palmada amistosa en un hombro, o hasta mirarlo a la cara como se hace en cualquier charla, y todo esto María Teresa lo va pensando recién ahora, en estos días, a consecuencia de su vigilia de preceptora, porque antes sus ideas sobre esta clase de cosas eran muy otras, o en realidad, más que ser otras, no existían en su mente para nada.

Ciencias morales

El señor Prefecto ha decidido una inspección. Conviene hacerla, sin dar un aviso previo por supuesto, con cierta periodicidad, porque las costumbres, no importa el empeño que se ponga en fundar y reafirmar valores, tienden a relajarse. Son dos las prioridades de esta requisita sorpresiva: el pelo y las medias. Cada preceptor sabe muy bien lo que el reglamento establece a propósito de estas dos cuestiones. Pero una cosa es conocer lo que el reglamento dice y otra muy distinta es supervisar que su cumplimiento se verifique con el suficiente rigor. El pelo las mujeres deben llevarlo recogido, ya sea en trenzas o en colas, ajustado con hebillas y sujeto con una vincha de color azul. El flequillo no está permitido (no se dice expresamente, pero se presupone, que una frente despejada es signo de inteligencia). Los varones deben llevar el pelo corto: corto significa por encima de las orejas y dejando en la nuca un espacio libre que equivale a dos dedos de una mano de tamaño normal. Las medias deben ser, en todos los casos, de nylon y de color azul. Es sencillo examinar que las chicas acaten esta disposición, porque usan jumper y las medias que llevan quedan perfectamente a la vista. En el caso de los varones la constatación se complica, toda vez que sus pantalones grises y pesados caen hasta apoyarse en los zapatos negros tipo mocasín. Para permitir el control de sus medias, los varones tienen que adelantar una pierna, y luego la otra, alzando un poco la botamanga de su pantalón. Este gesto involucra cierta delicadeza que a los varones, evidentemente, no les sienta. María Teresa recorre la fila de los alumnos formados en el claustro: ya tomaron distancia y están en posición de firmes. Las medias de las chicas se ajustan a las reglas, todas sin excepción. Son azules, son de nylon y las llevan levantadas. Luego hay que pasar a los varones. María Teresa tiene que inclinarse un poco más para

ver bien, y precaverse: como saben que sus medias no quedan tan fácilmente a la vista, los varones son más propensos a estar en infracción. Aquí, por ejemplo, Calcagno. Sus medias son azules, sí, que es lo que corresponde, pero no de nylon sino de toalla, son medias tipo tenis, de una marca que se ilustra con el dibujo de la silueta de un pingüino en pose. María Teresa reconviene a Calcagno pero no lo sanciona, toma nota de su caso en la planilla y le advierte que al día siguiente se va a fijar en que sus medias sean las indicadas. Calcagno promete corregirse y la inspección continúa. Cuando está por llegar el turno de Baragli, María Teresa tiene una especie de mal presentimiento. No sabe de qué puede tratarse, si de medias rojas o de qué, no lo sabe, le resulta indefinido, pero aun así adivina un mal signo y eso sí se le vuelve claro. Ve las medias de Baragli y son inobjetables. Azules y de nylon. Pero él, para mostrarlas, pega un tirón excesivo a la botamanga, la levanta por demás, y así revela, a los ojos aproximados de María Teresa, no ya sus zapatos lustrados y sus medias obedientes, sino una parte de su pierna, una franja de pantorrilla pálida y veteada de vellos oscuros, le muestra eso, se lo hace ver, y ella se acercó tanto que ahora no puede esquivar el detalle crudo de esa piel expuesta. Baragli retira la pierna y de inmediato le acerca la otra. María Teresa no se repone, una especie de zumbido la empieza a atontar, siente que sus mejillas se han puesto más espesas y calientes. La otra pierna: Baragli la arrima, ella sigue inclinada, no es la media lo que va a mostrarle, no es su irreprochable sumisión a las reglas del colegio, es la pierna, es su pantorrilla, Baragli la va a exhibir, la va a exhibir para ella, su pierna de varón, sus pelos de varón, una franja de piel descubierta entre el gris de los pantalones y el azul de la media. La botamanga esta vez sube todavía más, se ve más piel, se ve más pierna, la pantorrilla, María Teresa se ha puesto roja y lo sabe, se endereza con un cierto mareo que la turba, Baragli la mira, congela el gesto, la media reglamentaria y en el medio esa piel, la piel y sus manchas, su textura en detalle, el reglamento del colegio establece que las medias deben ser azules y de nylon y Baragli cumple inobjetablemente con el requisito, María Teresa padece un mareo y por eso un zumbido, o un zumbido y por eso un mareo, y no se siente del todo bien.

—Está bien, Baragli. Vuelva a la fila.

Sigue la inspección desencajada. Si alguien le presentara unas medias de otro color, negras o celestes, algo bien llamativo, no dejaría de notarlo, pero una falta más sutil, como fue la de Calcagno, que las medias sean azules pero no de nylon sino de toalla o de algodón, es algo que en este momento bien podría escapar a su examen. Mira todo someramente y quisiera terminar pronto con esto: no se siente bien. No está segura, pero le parece que debajo de su blusa la humedece un sudor repentino e indeseado. Se va recuperando, pero de a poco. De a poco el ahogo se empieza a aliviar, el zumbido casi desaparece, se seca la transpiración. Por fin llega a Valenzuela, el último de la fila, que lleva medias grises, y María Teresa lo reconviene con una voz que sabe que ya no le va a temblar.

—Sus medias, Valenzuela.

—Sí, señorita preceptora.

—Son grises, Valenzuela.

—Sí, señorita preceptora.

—Y tienen que ser azules, Valenzuela.

—Sí, señorita preceptora. Lo que pasa es que tuve un problema.

—Qué problema, Valenzuela.

—Se rompió el secarropas en mi casa, señorita preceptora.

—Lo que pase en su casa no me interesa, Valenzuela. Las medias tienen que ser azules.

—Sí, señorita preceptora.

—No grises: azules.

—Sí, señorita preceptora.

—Para mañana.

—Sí, señorita preceptora.

—Sin falta.

María Teresa anota a Valenzuela en la planilla. Antes había puesto: «Calcagno: medias de toalla», y ahora pone, un poco más abajo: «Valenzuela: medias grises». Se acerca la segunda parte de la revisación. Ella apenas logra afirmarse en su equilibrio precario, recién recuperado, sin terminar de entender bien qué es lo que le pasó. Tal vez, se dice, un abrupto bajón de presión, esas descompensaciones que a veces pasan cuando alguien se agacha de golpe, o en verdad, mejor dicho, cuando alguien se

incorpora de golpe después de haberse agachado. María Teresa piensa que puede haber sido eso, que debe tener bajo el azúcar, y decide que apenas llegue a la sala de preceptores se va a preparar un buen té con limón.

Con esos pensamientos en principio se calma, pero la inspección general va a reanudarse, según el señor Prefecto acaba de proferir, y basta con ese anuncio para que el malestar regrese. El control del pelo es también mucho más simple en el caso de las chicas: alcanza con echar un vistazo global para detectar que existan vinchas y hebillas, que el pelo esté atado y prolíjo, que todo sea como tiene que ser. El pelo de los varones, en cambio, puede requerir una pericia de mayor precisión. El reglamento dice que tiene que haber no menos de cuatro centímetros de separación entre el pelo y el cuello de la camisa: con dos dedos de una mano de tamaño normal se calibra esa medida. En muchos casos no existe ninguna duda, porque lo que se ofrece a la vista es una nuca categóricamente rapada, que presenta un aspecto semejante al de los campos arrasados por un incendio. Entonces sencillamente no hay dudas. Tampoco las hay cuando los mechones de cabello se estiran y cuelgan hasta rozar el cuello de la camisa, o incluso, peor aún, hasta tocarlo, y por lo tanto la infracción queda completamente en evidencia. Entre una alternativa y la otra, sin embargo, hay un abanico bastante amplio de casos dudosos, casos difíciles de resolver con sólo un golpe de vista, y que por lo tanto requieren la medición concreta del espacio que va del cuello a la camisa del alumno sospechado. María Teresa no se siente muy dispuesta a tocar ahora la nuca de alguno de estos chicos. No quisiera. Lo piensa y no quisiera, y contempla cada cuello y cada corte secretamente amedrentada. Nota con verdadero alivio que el pelo de Baragli está manifiestamente largo: no es preciso fijarse en detalle.

—Corte de pelo, Baragli.

—Sí, señorita preceptora.

Anota en la planilla: «Baragli: corte de pelo». La misma anotación corre para Cascardo, para Bosnic, para Tapia y para Zimenspitz. Ningún caso dudoso se le presenta, hasta que llega a Valenzuela. Valenzuela, el último de la fila. Los alumnos recurren, astutos, a sus tretas de siempre: inclinar la cabeza hacia adelante, tirar de la tela de la camisa hacia abajo por atrás. Así procuran inventar los cuatro centímetros que la letra del reglamento exige.

Valenzuela seguramente lo intenta, lo está intentando ahora, en este mismo momento, pero no termina de conseguirlo. Ella observa y calcula, con deseos de absolución. Pero no es para nada indudable que dos dedos suyos quepan ahí, en el tramo que va de la camisa al pelo. Puede que sí, puede que no. Y María Teresa no puede arriesgarse. Si más tarde, o allí mismo, el señor Prefecto o el señor Biasutto descubrieran una incorrección, ella, como preceptora de tercero décima, sería la responsable por haberla omitido.

Entonces tiene que tomar la medida que el reglamento prescribe, posando a tal efecto dos dedos juntos en la nuca de Valenzuela. La ventaja de que sea el más alto, y por ende el último de la fila, es que nadie va a tener frente a sus ojos este episodio: nadie va a ser su testigo inmediato. María Teresa se acerca a Valenzuela, tiene que levantar la mano un poco para llegar hasta su nuca, es indispensable que al hacerlo su mano no tiemble, o que si tiembla él no tenga manera de enterarse. Apoya por fin dos dedos unidos en la nuca del alumno. La nuca es tibia, se siente extraña, la cubre una especie de pelusa que no llega a ser pelo, aunque a la vez no sea otra cosa que pelo, y que le confiere al roce cierta suavidad. Dos dedos tuyos: el índice y el mayor, los de la mano derecha, en la nuca de Valenzuela. El dedo índice no alcanza a tocar esos hilos de pelo enrulado que Valenzuela lleva como si llevara una peluca, como si no fueran tuyos. María Teresa no debe apresurarse, no puede rozar apenas y despegarse pronto, como si arrimara esos dedos a un cable con electricidad o a una olla con agua hirviente. No puede evidenciar esa zozobra, debe hacer su medición con toda calma y sacar sus conclusiones sin premura. El contacto dura entonces uno o dos segundos, y acaso tres. Sólo después ella retira los dedos de la nuca de Valenzuela. Cuando lo hace, está segura de que el alumno no es pasible de sanción ni de advertencias.

—Está bien, Valenzuela. Pero no se deje estar.

Se queda mal por el resto del día. De a ratos fastidiada, de a ratos afligida, no ve la hora de llegar de una vez por todas a su casa. En el subte, mientras viaja, se siente oprimida por la oscuridad del túnel y por momentos le parece que ahí abajo el aire falta. Cuando llega a su casa, pese a que lo anhelaba, no se siente mucho mejor. La compañía de la madre sirve de poco: pasa las horas mirando la televisión, y a veces escuchando la radio

al mismo tiempo, saturada de conjeturas más que de noticias, experta fallida en temas de diplomacia y negociación internacional.

Cuando se hacen las nueve y llega la cena, no tiene apetito. Nada de hambre: nada. Se siente revuelta, de a ratos incluso asqueada. Mira sobre el plato la más trivial de las porciones de pollo, que a sus ojos se presenta como un manojo inusitado de carne agredida y huesos ingratos: algo difícil de admitir, algo imposible de comer. La madre le sugiere que coma igual, aduce que a menudo la sensación de náusea se debe justamente a un largo ayuno y que basta con probar un solo bocado para que el malestar se disipe. Persuadida por el argumento, María Teresa lo intenta y lleva a la boca un poco de comida. La mastica por minutos, le cuesta tragarlala; cuando por fin la traga, violentándose al hacerlo, es sólo para poder parar de masticar. El resto del pollo lo deja en el plato. Dice que se va a acostar.

—¿Sin bañarte?

Bañarse le provoca el mismo rechazo que comer. Lo único que quiere es acostarse a dormir, estar ya durmiendo, estar ya dormida. Deja a la madre comiendo sola y meneando la cabeza; se cambia prontamente, se guarece en la cama para dormirse de una vez. Pero no se duerme. Su mismo deseo de hundirse en el sueño es tan urgente que la mantiene despierta. No se puede dormir. A lo sumo alcanza un umbral de sueño, como si ensayara lo que es dormir, pero no llega a deshacerse de veras del mundo de la vigilia y ya está de nuevo con los ojos abiertos, dañados por el brillo de las ranuras de la persiana. Por la cabeza le pasan imágenes, tal vez se ha dormido y son un sueño, tal vez son una maquinación de la mente (la maquinación que no la deja dormir o la que, apenas empieza a dormirse, la despierta). Se mezclan en esas imágenes la pierna de Baragli y la nuca de Valenzuela, una cosa con la otra se mezclan y se confunden, resultando de esos contagios asociaciones bien extrañas (por ejemplo: una nuca con vellos de pantorrilla, o una pantorrilla con pelusa de nuca, o dos dedos que se estiran para tocar una pierna). María Teresa apela al recurso que desde niña le sirve para dormirse siempre en paz, sosegada y protegida; pero esta noche ni siquiera el rosario apretado en una mano le da la calma que necesita.

Fatigada por el insomnio, decide levantarse. Encuentra a la madre sentada frente al televisor, con las luces apagadas. El reflejo celeste de la

pantalla le da un aspecto borroso al ambiente.

—¿Qué mirás?

—Las noticias.

Se sienta en el otro sillón y se pone a mirar ella también. No está demasiado concentrada, su pensamiento divaga por regiones aledañas (por ejemplo: si alguna vez comprarán o no el televisor a colores) y demora unos cuantos minutos en notar que la atmósfera extraña del transcurso de las noticias no se debe, como supuso, a su desvelo o a la deshora, sino a que el aparato funciona con el volumen reducido a cero: pura imagen sin sonido, pura gesticulación.

—¿No querés escuchar lo que dicen?

—Dicen siempre lo mismo.

—Pero ya que mirás, ¿no querés escuchar lo que dicen?

—Cuando quiero escuchar, pongo la radio.

En la pantalla hay un cantante pegado al micrófono. Canta con los ojos siempre cerrados y abriendo, a cambio, la boca con exageración. Esa exageración en la elocuencia se reduce a morisqueta, toda vez que los visajes quedan despojados de sonido. Al pie hay un cartel sobreimpreso que dice: «Festival solidario». Vistas de banderitas argentinas agitadas con el puño en alto se intercalan en la transmisión. Después aparece un poco el presentador de noticias del canal. No es uno de los principales, los principales conducen la emisión de las ocho de la noche, a medianoche ponen siempre a alguno de la segunda línea, a veces a un joven que recién empieza y a veces a un viejo que ya está a punto de retirarse. Viene la siguiente noticia: un reportaje a un muchacho de barba negra que le habla al periodista con aire reflexivo.

—¿Quién es?

—No sé. Me parece que un cantante.

Aparece un sobreimpreso al pie de la pantalla, que dice: «Julio Villa».

—Ah, no, no. Pensé que era Gianfranco Pagliaro, pero no es.

Las imágenes que se ven a continuación revelan que Julio Villa juega al fútbol. Se lo ve maniobrar y después patear, vestido con una camiseta de rayas celestes y blancas.

—Juega en la Selección, ¿no?

—Parecería.

María Teresa se va quedando dormida en el sillón, mientras termina el noticiero y empiezan a pasar una película (cine argentino, años cuarenta: tampoco ahora la madre sube el volumen de la televisión). Se duerme sin darse cuenta, vencida a medias por el cansancio y a medias por el aburrimiento. La madre decide no despertarla para que se vaya a la cama, temiendo que en el traslado de un sitio a otro vuelva a imperar el insomnio. En vez de eso, trae una frazada y la tapa casi sin tocarla.

María Teresa amanece dolorida, con puntadas en el cuello y en la espalda, antes de que salga el sol. Es la primera vez que quisiera faltar al colegio. Por supuesto que no considera seriamente esa posibilidad, va a ir al colegio y lo sabe, pero es la primera vez que siente que preferiría no tener que hacerlo, que le gustaría alejarse un poco de ese mundo en el que tiene que pasar lista, controlar la formación, llevar el libro de temas de los profesores, sancionar indisciplinas, estar permanentemente alerta, evitar debilidades, borrar el pizarrón, proveer de tizas, mantener informadas a las autoridades, cuidar el patrimonio.

Llega al colegio ya cansada y deseando que el día termine, cuando está apenas empezando. La falta de sueño se cobra lo suyo en el ardor de los ojos o en la flojedad de las rodillas. Incluso las voces más planas le resultan cavernosas, como si retumbaran, y ella se queda más pendiente de ese eco que de aquello que las voces le dicen. Al tomar asistencia al frente de tercero décima, se escucha decir los apellidos como si los conociera por primera vez, y en más de un caso confunde la palabra «presente» con la palabra «ausente». Por fortuna este mal día no se carga con dificultades agregadas: Calcagno ha venido con medias de nylon, Valenzuela ha venido con medias azules, hoy mismo se han cortado el pelo Baragli, Bosnic, Cascardo, Tapia y Zimenspitz, Valenzuela preventivamente se lo ha hecho cortar también, Capelán parece olvidado de Marré en el momento de tomar distancia durante las formaciones. Ningún profesor falta: viene la profesora Pesotto, para dar clase de física durante las dos primeras horas, en la tercera y la cuarta viene el profesor Schulz, para dar clase de latín, en la quinta viene el profesor Ilundain, para dar castellano, y en la sexta viene la profesora Carballo, para dar geografía. A María Teresa su propio cansancio

la ayuda a desentenderse de Baragli, anulando sus probables actitudes, y fuera de la verificación de que se haya cortado el pelo, lo omite durante toda la tarde. En torno de los baños nada descubre, aunque ejecuta su vigilancia con desgano y sin reales esperanzas, por pura profesionalidad. Pasa el día casi sin ver al señor Biasutto, y eso en cierto modo la pone mal. El jefe de preceptores mantiene continuas reuniones con el señor Prefecto y con el señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría, tal vez ultimando detalles para la organización del acto patrio del 25 de mayo, que se aproxima, y apenas si se lo ve en la sala de preceptores o en los claustros durante los recreos. Sus intercambios del día con él no pasan de un saludo de ocasión, superficial y a la distancia, y ella quisiera tener, pero no tiene, alguna novedad que reportarle.

El día concluye con la habitual entonación de «Aurora», mientras la bandera argentina es bajada y recogida en el claustro central del colegio. Los alumnos, que comúnmente se limitan a murmurar las letras de las canciones patrias, incluso cuando se trata de las estrofas del himno nacional, por estos días las cantan con mayor compromiso y mejor articulación. Se les entiende lo que dicen, en vez de dejarlo todo librado a la voz de soprano que brota grabada por los parlantes del claustro. Cantan claro y dicen: «Alta en el cielo / un águila guerrera / audaz se eleva / en vuelo triunfal».

En una reacción extraña, que ni ella misma se explica, María Teresa completa sus obligaciones de la jornada y en lugar de irse a su casa tan pronto como puede, alarga con excusas su permanencia en el colegio. No se entiende, no se explica, porque hoy menos que nunca ha sentido ganas de concurrir al trabajo, hoy habría querido quedarse metida en la cama sin tener nada que hacer, y si ha venido pese a todo es por obligación y por su neto sentido de la responsabilidad. Ha hecho bien su trabajo porque para ella no cabe otra alternativa que ésa, según la educación que recibió y los valores que ostenta. Claro que ahora son casi las seis y media de la tarde, los alumnos de tercero décima se han retirado, los preceptores de los otros cursos también, ella misma terminó con todo lo que tenía que hacer, ya archivó la lista de asistencias, ya revisó el libro de firmas de los profesores, ya proveyó de tizas al aula de tercero décima, que mañana a las siete y diez

de la mañana será el aula de tercero quinta, se puede ir a su casa cuando quiera, ya podría estar en la calle, ya podría estar cerca del subte. Y sin embargo se queda. No quiere volver a su casa, así como esta mañana no quería venir al colegio, y se queda. Ni se le ocurre salir para ir a otra parte, a cualquier otra parte, que no sea su casa. Ni se le ocurre. Su espectro de opciones es más simple: no quiere volver a su casa y entonces permanece en el colegio. Ya nada la retiene de manera objetiva, ella sola se inventa razones para postergar el momento de irse. Revisa planillas ya revisadas, repasa el libro de temas de los profesores, archiva fichas de sanciones ya cumplidas, acomoda las tizas en las cajas de cartón, desenrolla mapas de Asia y de África para después volver a enrollarlos.

A las siete menos diez, sale de la sala de preceptores. El colegio luce vacío. Ningún curso de tercero tiene hoy séptima hora, por lo que en el claustro no se ve absolutamente a nadie. María Teresa va a salir, casi podría decirse que se ha resignado a hacerlo. Lo va a hacer, pero lo va a hacer dando un rodeo. El camino más corto la llevaría hacia las escaleras que pasan al final del pasillo, las del lado de la Rectoría. Ella decide, sin saber por qué, bajar hoy por las escaleras de la otra ala, las que le quedan más lejos, las del lado de la Biblioteca. Para eso, claro, tiene que dar toda la vuelta, atravesar este claustro, pasar frente al kiosco, pasar frente a los baños, llegar al otro claustro, recorrerlo también de punta a punta, y sólo entonces alcanzará la escalera por la que piensa bajar.

El kiosco está cerrado y así, cerrado, presenta la apariencia de lo que más claramente es: un simple cubo hecho de chapas. María Teresa se queda parada delante del kiosco, como si fuese eso lo que la detiene. Pero muy pronto se sincera y se da vuelta, y no hay nadie; mira en la otra dirección, y tampoco hay nadie. En el colegio el silencio es total: ni rumores lejanos se escuchan. María Teresa apoya apenas una mano en la madera cierta de las puertas verdes. Con un leve impulso podrá moverlas. Se siente raramente tranquila, casi feliz. Mira su propia mano apoyada en la puerta del baño de varones, y esa mano le comunica una certeza, una decisión: que va a abrir esa puerta y va a entrar.